

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, MAYO 29 DE 1898.

NUMERO 22.

LA GUERRA HISPANO-AMERICANA



Las tropas españolas desfilando por las calles de San Juan (Puerto Rico.)

LA SEMANA

SUMARIO.—Una harpía desencadenada.—La soldadera —Escuela de vicio y de crimen.—Un tipo que tiende á desaparecer.—Esas señoras.—La policía y el escándalo de las mesalinas.—Hábitos reprensibles.—Nuestro impudor.—Calaveras y perularios.

El corazón humano es una casa de fieras. Dormitan y se esperezan dentro de sus jaulas las pasiones tigres; bostezan voluptuosamente; interrumpen su sueño para afilar sus garras y sacudir de tiempo en tiempo los barrotes de sus prisiones. Un día la ira, los celos, la embriaguez abren las jaulas y las fieras se precipitan ávidas de libre expansión, hambrientas de carne humana, sedientas de sangre y siembran en derredor la desolación y la ruina.

El ligero barniz con que la educación ha recubierto las tenebrosas propensiones humanas se tiende á cada paso al choque de la pasión ó corroido por el vicio, y por las grietas se escapan, la envidia en emanaciones mal sanas, la ira en corrientes de lava, los celos en negros nubarrones preñados de tempestad, la lujuria en vapores exitantes y embriagadores. El hombre ha dejado de serlo; un lamentable regreso á la vida animal lo instiga á todos los extravíos, lo atrae á todos los excesos y lo impele á todos los crímenes. Y es triste y doloroso el espectáculo que da el rey de la creación emancipado de toda coerción moral, de toda presión social y de todo respeto, encenagándose en el vicio ó lanzándose ciego, brutal y desenfrenado á la repugnante orgía del delito.

Cuando es la mujer la que se olvida, se extravía y delinque; el espectáculo es aun más repugnante y aún desconsolador. Pedimos á la mujer gracia y armonía, recato y pudor, modestia y dulzura, virtud acrisolada y resignación sumisa, amor eterno pero apacible y consagración exclusiva al débil, al oprimito, al inocente. Son estas sus cualidades de madre. Cuando arrebatada de sus sienas la corona de rosas de la virtud, cuando desgarrada y arranca de su cuerpo los velos del pudor, cuando ostenta los vicios de su alma desnudos como los encantos de su cuerpo, cuando arroja la rueca, para empuñar la copa de la orgía ó el puñal de la matanza, sentimos náusea, vértigo, vacío en el corazón, profundo y doloroso desconsuelo en el alma.

Laura Veraza, viciosa y asesina, puede gloriarse de haber producido en nuestra sociedad esa invencible repugnancia con sus escándalos y con sus crímenes. Exitado su cerebro por los vapores del hatchis, arrastrada por no se qué torbellino de pasiones irrefrenables, empuña el arma homicida, penetra á un cuartel, mata á un oficial y hiere de muerte á otro, á un cabo y á una mujer que pasaba. Su fuerza es herculea, su iracundia ciega, de su boca de furia se escapa la blasfemia y en su cabeza se yergen las serpientes que coronaban la cabeza de Gorgona. Presa de furioso delirio no oye intimaciones, no atiende súplicas, no la intimidan amenazas y hiere y mata cuanto encuentra al paso sin que se pueda contenerla ni refrenarla. Su delito parece una explosión por lo súbito por lo brutal y por la futilidad del motivo que lo determina. Aquello no es una mujer, ni siquiera una hembra, es un volcán en erupción.

* *

Para llegar á ese grado de exitabilidad se necesita una escuela de malas pasiones, un foco de vicios y de delitos y un curso profesional de maldad. No ha faltado quien pretenda idealizar el tipo de la soldadera; quien la pinte heroica y abnegada acompañando á su hombre en el combate, sosteniéndolo en la derrota, alimentándolo y vistiéndolo en la campaña, representando el papel de providencia del soldado, siendo colaboradora efectiva de todas nuestras glorias militares por su iniciativa, sus recursos, su auxilio eficaz y sus servicios de proveedora de nuestras fuerzas públicas de combate. Pero para formarse una idea menos poética y más real de ese tipo de mujer hay que verla en el campo de batalla afrontando la muerte para despojar al cadáver, saqueando, en marcha; la ranchería para procurarse víveres, embriagándose, en la etapa, con el aguardiente de la tienda de raya, deletreando durante el vivac el vocabulario de todas las obscenidades y de todas las blasfemias, amamantando y golpeando al hijo, infiel á su hombre por hábito y solo sumisa y leal por la fuerza, viviendo en inaudita promiscuidad con

todo el regimiento, llevando en su cuerpo el foco de todos los contagios y en el alma el sedimento de todos los vicios, pendenciera por hábito profesional, heridora, asesina, y ostentando con inaudito cinismo todas sus degradaciones.

La intendencia y el alto mando militar han hecho prodigiosos esfuerzos por estirpar ese cáncer roedor, por regularizar la vida conyugal del soldado, por sanear ese foco de epidemias, por apartar á la soldadera del cuartel. Mucho se ha logrado; grandes mejoras se han realizado, pero el mal aunque atenuado subsiste y no se extinguirá sino con el tiempo y con una reforma fundamental en el modo de reclutamiento y de asistencia y de vida del soldado.

* *

La Policía se ha decidido ya, por orden de su Inspector General, á emprender una cruzada activa contra los desórdenes y escándalos á que ciertas mujeres acostumbraban entregarse en los lugares públicos, en los teatros, en los paseos, en las calles mismas de la ciudad.

Ya era tiempo. Llama la atención, en efecto, que en centros de prostitución más vastos y más activos, como lo son en general las grandes capitales europeas no se perciba ese descaro, ese desparpajo, esa turbulencia, esa insoportable ostentación de malas costumbres, y que en México, en donde, dígame lo que se quiera, no hemos llegado en cantidad ni en calidad á la corrupción que impera en otros países, sea á veces intolerable la gala que hacemos de nuestras malas costumbres. A menos de no frecuentar ciertos barrios y determinados centros, puede estarse seguro en París, en Lóndres ó en Viena, de no presenciar espectáculos que ofendan el pudor, de poderse codear con toda clase de mujeres, de circular sin ser importunado y de concurrir con mujer é hijas por todas partes sin asistir á escenas que ruborizan ó causan horror.

En aquellos pueblos, la mujer de mala vida observa en la calle la compostura y la severidad de una mujer correcta; viste de cierto modo y su mirar y modales tienen para los iniciados mucha significación y elocuencia; pero las mujeres honradas, los niños, las personas serias y de buena conducta las distinguirían difícilmente de las verdaderas damas. Jamás rien á carcajadas, ni instalan líneas telegráficas en los teatros, ni cuchichean maliciosamente entre sí, ni llaman ni atraen ostensiblemente á nadie, ni tienen palabras, actitudes ó ademanes inconvenientes. La policía reprimiría el menor desmán y las haría castigar á la menor falta.

Pero, en obsequio de la verdad, la mitad de la causa del descaro y del indecoroso proceder que se observa entre nosotros, son no tanto las mujeres cuanto los hombres mismos. En el extranjero, por regla general, y en los países anglo-sajones, en particular, la primera preocupación del hombre cuando tiene un vicio es ocultarlo.

La honorabilidad, aun cuando solo sea aparente, y la respetabilidad, aun cuando no sea efectiva, son en esos países una condición de éxito en la vida, de conservación y mejoramiento de la posición conquistada; hay que ser ó parecer recatado y correcto, so pena de no encontrar empleo, de ver cerradas ante sí todas las puertas y cortados todos los caminos. Los hombres, pues, aun los de costumbres menos pulcras aparentan corrección, educación, virtud; para prostituirse ó se encierran ó se confinan á los lugares en que no puedan ser vistos sino de sus iguales. Se embriagan á puerta cerrada, juegan ó galantean con la cortina corrida y en todos los teatros hay palcos cerrados en donde pueden pasar horrores, pero en donde quedan al abrigo de las miradas inocentes ó de las indiscretas.

Nosotros tenemos nuestros vicios, no en la bodega, sino en el balcón. Nos gusta lucirlos y ostentarlos; calaverada oculta y discreta no es calaverada. Solo nos gloriamos de la preferencia de una mujer, si es pública y notoria; gustamos de hacer el D. Juan hasta con mujeres pagadas. No bien nos sentimos ebrios salimos á la calle á ostentar nuestra embriaguez. ¡Con qué fruición jugamos albur en la plazuela de la feria y paseamos del brazo á una meretriz! Esa ocultación del vicio que en el extranjero se llama pudor, decencia ó decoro, la llamamos nosotros hipocresía, y como tal la repugnamos y la repudiamos.

Naturalmente, con este proceder, exitamos á las mujeres perdidas al escándalo que nosotros mismos provocamos, solicitamos y anhelamos; el

escándalo forma, por decirlo así, parte del pacto mismo. Tan cierto es así, que no bien un hombre se muestra correcto, recatado y honorable, así pueda ser el diablo, las mujeres lo dejan tranquilo, respetan su modo de ser, cuidan de disimular que lo conocen y con él no hay escándalo posible.

* *

La represión, pues, para ser eficaz debe hacerse no solo del lado de la mujer, sino del lado del hombre. La tolerancia que se ha tenido con los hombres que figuran en los escándalos y desórdenes de las mujeres, éstos fomentan y los generalizan. A nuestro modo de ver, tanto ó más culpable es el hombre que se luce, se ostenta y escandaliza al público en un teatro ó paseo como la mujer que le hace segunda y la policía debe castigar á uno y á otro.

Las mujeres honradas pueden también influir en la represión de esos excesos que tanto daño les hacen y tantos enojos les causan. Si amamos la ostentación del vicio, influye en ello, en parte al menos, la preferencia que multitud de mujeres honestas ostentan por el calavera. No las hace en general felices el hombre metódico, pulcro, aplicado y modesto. En cambio qué orgullo el de dominar, subyugar y encadenar á un Lovelace! Fijar el vuelo de la inconstante mariposa; ser la flor en cuyo cáliz ha de venir á descansar en definitiva el brillante insecto, saber á ciencia cierta que esa preferencia ha de suscitar celos, exitar envidias, causar desesperaciones á muchas rivales, es un placer de dioses de que pocas mujeres saben privarse. ¡eso también nos estimula, nos provoca á ostentar un calaverismo de la peor ley, especie de moneda falsa que haremos pasar por buena.

El calavera! pase; pero; el perdulario! Enamoraos en buena hora de Don Juan, pero no olvidéis que Don Juan no asistía á los palcos segundos reservados de la zarzuela. Hacerse amar de un hombre que ha sido amado, á quien ninguna mujer ha llegado realmente á cautivar y á subyugar, puede ser sublime; pero ¡qué vergonzante resulta la conquista de un ser que ha pagado y no ha hecho más que pagar sus efímeros amores!

LOPEZ I.

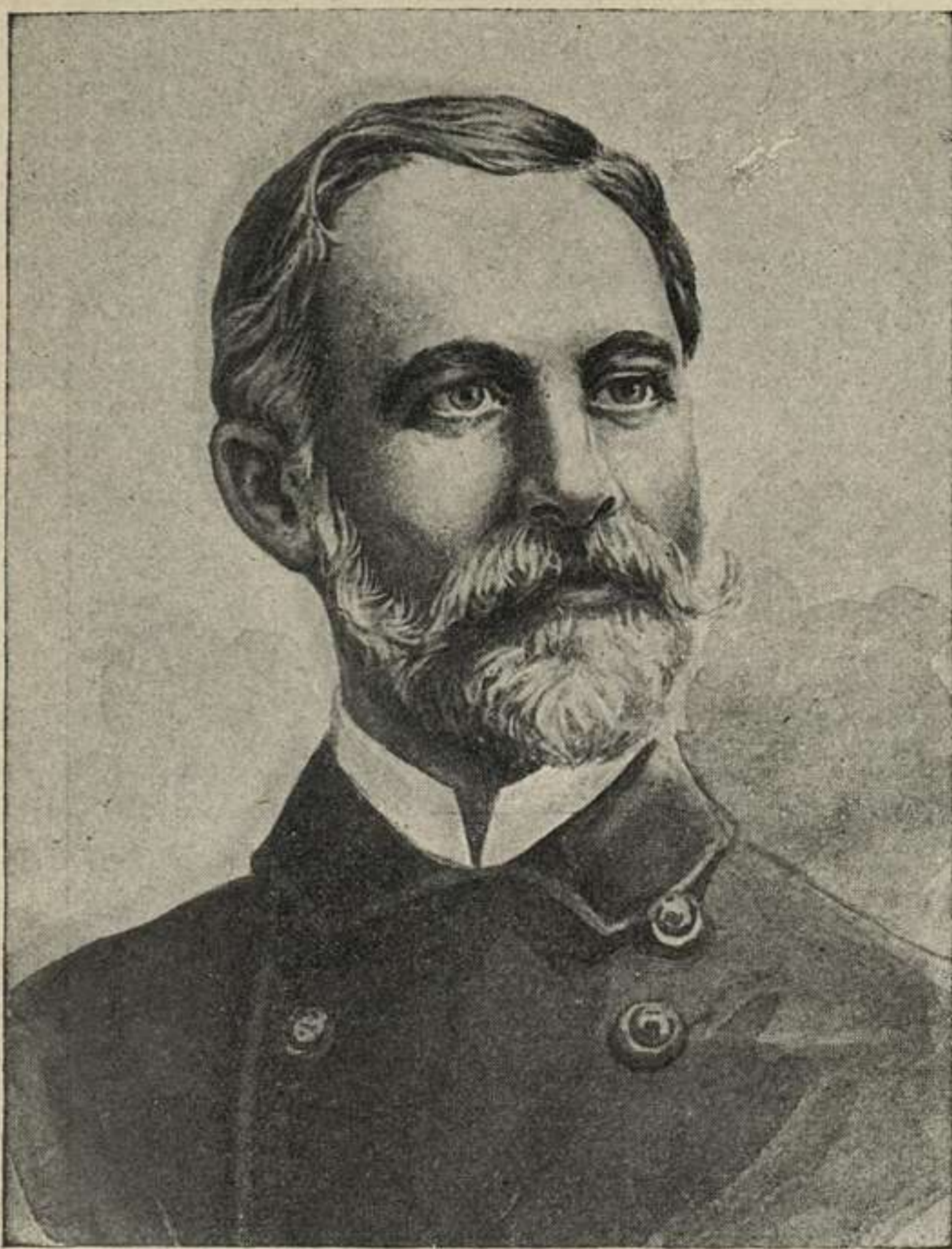
Política General.

RESUMEN.—LA SOLIDARIDAD DE LOS PUEBLOS.—LA INSURRECCIÓN DE CUBA, Y EL CONFLICTO HISPANO AMERICANO.—ANTECEDENTES Y CONSECUENTES.—LA INTERVENCIÓN AMERICANA Y LA INTERVENCIÓN EUROPEA.—TEMORES Y ESPERANZAS.—RIVALIDADES Y AMBICIONES.—MURMURACIONES DE PAZ.—EN LA TARDANZA ESTÁ EL PELIGRO.—¡AY DE LAS VENCIDOS!—CONCLUSIÓN.

Están tan íntimamente ligados los intereses de los pueblos y se traban y unen entre sí de modo tan natural y firme, que no es posible que haya un trastorno, una perturbación notable en uno de ellos, sin que se comunique la conmoción y repercuta hondamente á todos los extremos de ese gran conjunto que se llama el mundo civilizado.

Así como los grandes fenómenos atmosféricos no se aíslan ni se limitan á determinadas zonas, sino antes bien se propagan y, para restablecer el equilibrio, ocasionan en puntos distantes fenómenos de reacción; así también en la solidaridad de las naciones nada puede efectuarse que perturbe profundamente su estabilidad y su marcha regular, que no se resienta entre sus congéneres con manifestaciones activas que rompen la general armonía.

No eran la insurrección de Cuba y el levantamiento de Filipinas, por más que alteraban en primer término la paz interior de España y sus colonias, no eran hechos aislados que dejaran de afectar los intereses de los pueblos vecinos y la tranquilidad de los remotos. Una guerra terrible que siega de un golpe todas las fuentes de riqueza y producción de una comarca exuberante; una agitación tremenda que se ilumina con los resplandores del incendio, que se mancha con escenas espantosas de sangre y exterminio; una revolución que pugna por manumitir á un pueblo y crear de entre un grupo de colonos un organismo social autónomo, libre, soberano, sin las trabas legendarias de pasadas dominaciones; un sacudi-



CONTRA-ALMIRANTE SAMPSON

Jefe de la escuadra americana del Norte del Atlántico



CONTRA-ALMIRANTE CERVERA Y TOPETE

Jefe de la escuadra española en las Antillas



COMODORO SCHILEY

Jefe de la escuadra evolucionaria americana

miento extraordinario que tiende á disgregar las posesiones de una potencia para constituir con sus restos un Estado independiente: no podrían considerarse como fenómenos aislados, ni verse como problemas puramente interiores por aquellos que más directamente resentían perjuicios y daños con la agitación.

**

Aun apartándose de las consideraciones puramente especulativas; aun alejando las miradas de las ideas incubadas por los insurrectos y defendidas á sangre y fuego en la manigua enmarañada; aún sin pensar en la nueva patria que ha sido el ideal de esos tenaces luchadores, acariaciada entre las nubes negras del combate y las llamas rojizas del incendio, basta solo fijarse en las fuentes de riqueza agotadas, en los campos yermos, en las transacciones suspendidas, en los cambios mercantiles perturbados, en la fecunda producción esterilizada, para comprender que habría protestas de diversos géneros, unas tranquilas y serenas en nombre de la diplomacia, otras firmes y agresivas en nombre de la fuerza.

Y así sucedió. Después de tres años de lucha, los Estados Unidos se decidieron á intervenir en nombre de sus propios intereses, para hacer cesar el incendio que se desarrollaba á las puertas de su territorio. España, fundada en su derecho tradicional y en su autoridad secular, desechó la intervención armada y la guerra fué.

**

Si lo que simplemente se llamaba revolución interior ha dado ocasión á un choque internacional, cuyo prólogo apenas hemos presenciado y sobre cuyo epílogo se hacen ya los pronósticos más sombríos, natural es que esta guerra provoque temores y recelos por todas partes, encienda resentimientos en unos, rivalidades en otros, zozobras en éstos, ambiciones en aquéllos y ansiedad en todos.

No es la guerra hispano americana, á lo que parece, un encuentro simple de las fuerzas colosales de la unión americana y las inagotables energías de la monarquía española; no es sólo el choque apocalíptico entre la república de ayer representada por los Estados Unidos, y la realeza histórica, encarnada en la gloriosa España. Los menos avisados ven en el actual conflicto una rivalidad de razas, una competencia de instituciones y hasta pudiera decirse la concurrencia de dos mundos: el mundo europeo circundado de rayos de gloria y envuelto en los nimbos resplandecientes de la historia y de la tradición y el mundo americano que se levanta orgulloso de sus triunfos recientes, ufano de sus modernas conquistas y de sus instituciones avanzadas.

**

Ante esa competencia no han de permanecer indiferentes las naciones europeas, no han de quedar inactivas ante tal conflagración, y si es

verdad que antes de estallar el conflicto se manifestaron frías y reservadas, y si acaso hicieron algo fué apuntar platónicas simpatías en favor de España, cediendo en parte al sentimentalismo popular, que siempre se inclina en favor del débil y se deslumbra con los rosicleres de una tradición gloriosa, hay que comprender que al estado á que han llegado las cosas, no es fácil la abstención, ya se mire desde el punto de vista puramente especulativo, ó se considere prácticamente según los intereses.

La batalla de Manila en que quedó destruida la escuadra española, después de los inauditos heroísmos de sus marinos, ha sido una revelación verdadera para Europa. España acude y llama en su favor todas sus vitales energías, todos sus viejos heroísmos; el toque de rebato se escucha en toda la península; hay madres que con sublimidad espartana, empujan sus hijos al combate, damas que se despojan de sus joyas; el pueblo entero corresponde al llamamiento de la patria, el rico ofrece sus tesoros, el pobre sus ahorros y en su conjunto todos, el corazón como escudo á los golpes del enemigo.

**

Por eso se habla ya de intervenciones europeas, se murmura por lo bajo de combinaciones diplomáticas, comienzan á circular en estos momentos críticos, en que se temen formidables encuentros, vientos de conciliación, y se pronuncia por primera vez la palabra paz, con el loable objeto de evitar que España llegue al extremo de su tremendo sacrificio. Comunican algunos la existencia de alianzas efectivas á favor de España, en tanto que otros anuncian como posible una coalición general, para hacer cesar en nombre de la fuerza el conflicto que la fuerza ha provocado.

Aunque hasta ahora estas versiones carecen de seguro fundamento y necesitan confirmación efectiva para juzgarlas con criterio sano, hay que considerarlas, si no como probables por lo menos en el orden de lo posible, pues revelan en sí mismas la inquietud general que ha provocado en Europa el conflicto hispano-americano.

**

Ya se han desvanecido en remotas lejanías los perfiles de los insurrectos; ya apenas se dedica un recuerdo á la lucha que duró más de tres años. Lo palpitante ahora, lo que interesa á todos es el rumbo que va tomando la cuestión, los temores que nacen por el resultado de un combate en las aguas antillanas, entre las fuertes escuadras enemigas, que se buscan, se acosan, se persiguen en las soledades del Océano, sin encontrarse hasta ahora, pero con la certidumbre de que en no lejano día, han de llegar á formidable combate, en donde ha de decidirse el oscuro problema.

Y precisamente porque ese combate puede ser

decisivo acaso se recelan los jefes de las escuadras. No quieren, no deben, no pueden comprometer en los azares de una batalla los intereses que se han confiado á su pericia, que serían de graves consecuencias para sus gobiernos respectivos.

Desgraciadamente para nosotros y para todos los que como nosotros, espectadores neutrales en la contienda y amigos sinceros de entrambos beligerantes, no podemos dejar de comprender que por más que se apresuren las combinaciones pacíficas ó bélicas de las potencias, por más que se festinen las lucubraciones de los gabinetes y se den prisa los soberanos á interponer su influencia entre los combatientes, llegarán tarde tal vez para evitar el temido choque; y ó bien servirán sus buenos oficios para aplacar las iras del vencedor, para restañar la sangre del vencido y para imponer una paz honrosa y aceptable, ó habrán de resolverse á encender una general conflagración los que han querido evitar un conflicto relativamente limitado.

**

¿Cómo podrían y con qué pretexto intervenir las potencias en la contienda actual, cuando, aparte de la batalla de Cavite, no han ocurrido todavía serios combates? ¿En favor de cuál de los beligerantes se habrían de presentar en estos momentos en que ambos tienen á su disposición sus fuerzas íntegras? Habremos de convenir en que la guerra con todos sus horrores, es un alud que se desata, una catarata que se despeña, un huracán que ruge asolador, é iniciada en sus terribles movimientos, apenas se concibe una fuerza capaz de detenerla, antes de que haya agotado todas sus energías, sembrando por todas partes la ruina y el exterminio. La guerra, como esas deidades crueles y sanguinarias de la antigüedad, solo se sacia con las víctimas que se consumen en cenizas en sus tremendas aras. El sacrificio que exige no ha de ser parcial; cuando la espada flamígera se ha levantado en alto, no hay un ángel bueno que la detenga en su caída; cuando se ha encendido el fuego en el altar de sus holocaustos, no siempre hay un soplo divino que lo apague.

Y ¿continuará hasta el fin, continuará hasta que los beligerantes caigan rendidos en la arena envueltos en el sudario de su pabellón? Feliz la humanidad si logra nuevas enseñanzas y extrae de tanta amargura el néctar de la experiencia. ¡Felices las naciones si guiadas por el amor y la justicia ó agujoneadas por los propios intereses, logran limitar nuevas catástrofes y no dan lugar á general conflagración!

X. X. X.

Mayo 27 de 1898.

Las guerras sirven para afirmar la paz, la libertad y el derecho, como las carnicerías para mantener á los hombres. No llenan su función sino á fuerza de matar.

VICTOR HUGO.



Flores de recuerdo

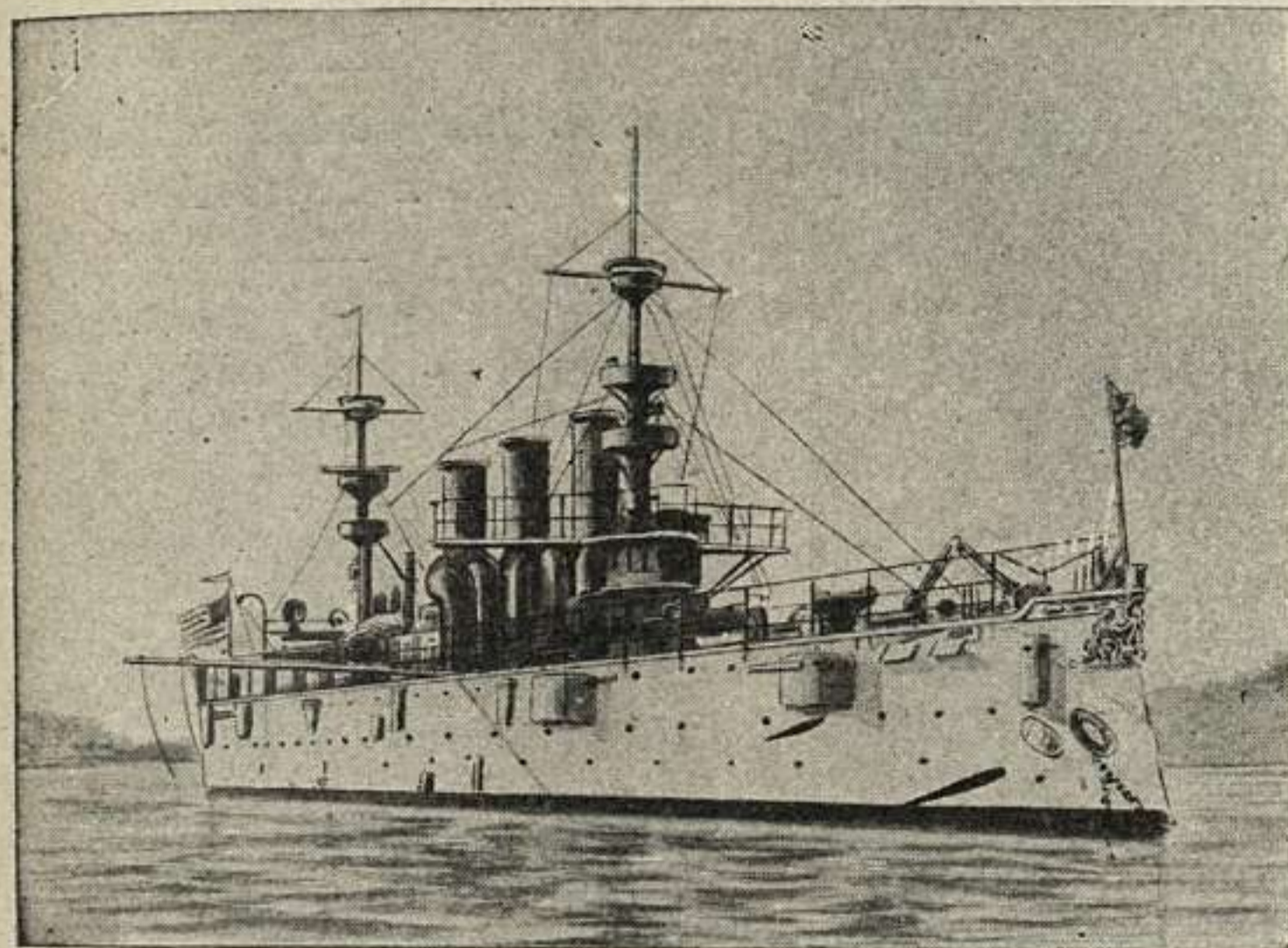
Elementos de combate en una batalla naval

Un barco de guerra debe satisfacer el axioma militar: causar el mayor daño posible en el menor tiempo posible y recibiendo el menor perjuicio posible. En tal concepto un barco de guerra debe llegar al máximo de cualidades ofensivas y defensivas, ó lo que es lo mismo, de agresión y resistencia.

Las cualidades ofensivas son el armamento, la velocidad de la marcha y el gran radio de acción. Las cualidades defensivas son las corazas, las protecciones, el gran tonelaje y también la velocidad.

Se notará desde luego que la velocidad es cualidad inmensa puesto que figura en primer término tanto entre las cualidades ofensivas como en las defensivas.

Nos ocuparemos primero de las cualidades defensivas de los barcos de guerra que como hemos dicho son las corazas, las protecciones el gran tonelaje y la gran velocidad.



CRUCERO ACORAZADO

LAS CORAZAS Y PROTECCIONES.

La coraza de un buque de guerra es un cinturón espeso metálico total ó parcial que circunda el buque de popa ó proa en todo su cuerpo. Este cinturón debe tener su línea media coincidiendo con la línea de flotación y generalmente el ancho de este cinturón es de tres metros veinte centímetros á tres metros setenta centímetros; debiendo quedar la mitad del ancho del cinturón fuera del agua y la otra mitad dentro del agua.

Las corazas están formadas con planchas de excelente acero puro ó de acero níquel. El espesor de estas planchas varía de sesenta centímetros hasta trece centímetros en las corazas de acero níquel. Generalmente el espesor de la coraza en los acorazados de primera varía de cuarenta y cinco á sesenta centímetros y en los acorazados de segunda de trece á treinta centímetros.

La artillería se protege colocándola dentro de torres de acero de un espesor poco más ó menos igual al de las corazas de las quillas ó bien protegida con barbetas y medias torres con techo ó con simples máscaras de acero giratorias.

Se pretendió para los acorazados antiguos que la coraza amparase todo el buque, pero el peso era tal que la embarcación casi no podía marchar. Entonces y para el acorazado moderno se inventó el cinturón coraza parcial ó total para defender la línea de flotación evitando así que los proyectiles perforen el casco en los puntos donde puede penetrar el agua.

El peso de la coraza y protecciones de la artillería, debe ser en un acorazado igual á la tercera parte del peso del buque.

DEL GRAN TONELAJE.

El gran tonelaje como cualidad defensiva se comprende inmediatamente, porque mientras más grande es un barco, más se asemeja á una fortaleza de acero flotante, contiene mas baterías, almacena más proyectiles y es servido por un personal más numeroso; en suma, es más fuerte y de consiguiente más difícil de ser vencido. El tonelaje de un acorazado es de 14,900 toneladas hasta cinco mil en los de segunda clase.

DE LA VELOCIDAD.

La velocidad como cualidad defensiva consiste en poder retirarse fácilmente del combate á la hora que convenga, sin estar obligado á la destrucción completa, á dejarse capturar ó hacer saltar el buque.

DE LAS CUALIDADES OFENSIVAS.

La primera de las cualidades ofensivas es la buena artillería, consistente en cañones de gran calibre con proyectiles llamados de ruptura ó perforación porque estrellan ó agujerean las corazas. Estos proyectiles de acero-níquel y punta de níquel llegan á pesar hasta seiscientos cincuenta kilogramos.

La artillería de mediano calibre, lanza proyectiles explosivos que perforan todo lo que no es acorazado y las corazas delgadas, y además desbastan la obra muerta del buque y aniquilan el personal. Esta artillería, llamada de tiro rápido, puede lanzar hasta veinte tiros por minuto. De manera que un acorazado de veinte cañones de tiro rápido, puede disparar cuatrocientos proyectiles explosivos por minuto.

La artillería de pequeño calibre, cañones Hotchkins y ametralladoras, sirve para lanzar una verdadera tempestad de proyectiles á los torpederos ó á un buque que se acerque mucho.

Un buen acorazado de primera debe disparar en cuatro horas de fuego por valor de un millón de pesos (oro) de proyectiles. De manera que una escuadra de veinte acorazados como la francesa, tiene que gastar en cuatro horas de reñido combate, veinte millones de pesos, oro, de municiones.

DE LA VELOCIDAD.

La velocidad como cualidad defensiva es de la mayor importancia, pues dominando en velocidad al enemigo se le obliga á dar batalla si quiere escapar y comenzada la batalla si se triunfa, los buques que no han sido destruidos no pueden huir y tienen que ser capturados.

DEL RADIO DE ACCIÓN.

Se llama radio de acción, la distancia que puede recorrer un barco, sin verse precisado á tomar carbón. Un barco es excelente cuando puede marchar seis mil millas sin pedir carbón; y hay crucero que puede hacer con el contenido de sus carboneras ocho mil millas.

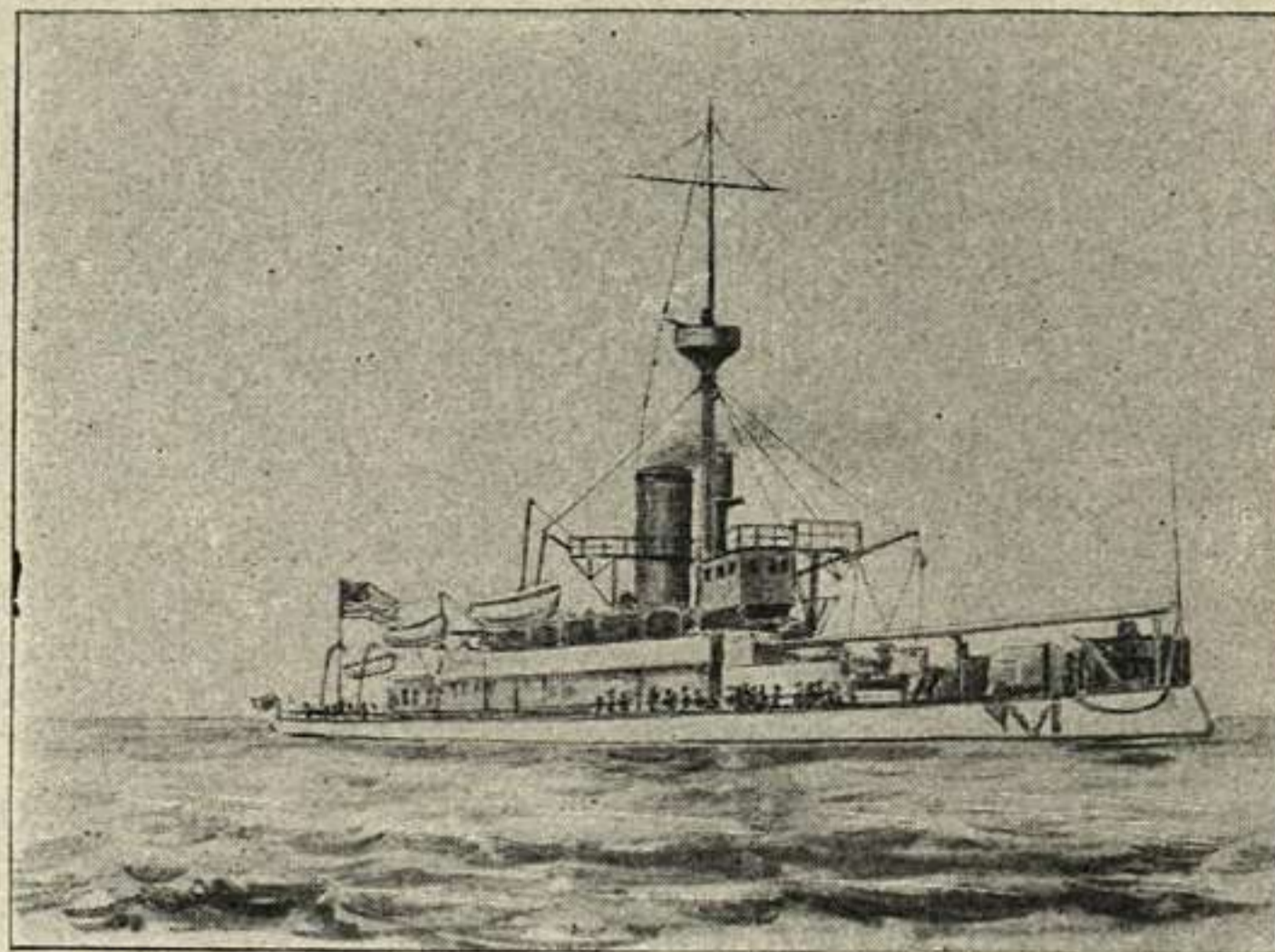
Comprendidas las cualidades ofensivas y defensivas de los buques de guerra, se nota desde luego que son contradictorias y que se produce un conflicto inmediato cuando se pretende darles á todas igual incremento.

Aumentar la coraza en espesor ó en ancho equivale á aumentar de peso, lo que es contrario á la velocidad y al radio de acción, pues mientras más carbón se consume por milla más pronto se vacían las carboneras.

El gran tonelaje y el demasiado peso de la artillería, también son contrarios á la velocidad y al radio de acción.

El aumento en los depósitos de proyectiles disminuye la capacidad de las carboneras pues no se puede disminuir el espacio para alojar la tripulación, para la maquinarias y las provisiones de boca ó de reparación.

No siendo posible desarrollar al mismo tiempo y en el más alto grado todas las cualidades ofensivas y todas las defensivas, ha habido necesidad de sacrificar más ó menos en la construcción de un buque de guerra unas y otras.



CAZA-TORPEDERO

Así es que los buques de guerra se dividen en cuatro categorías:

Primera categoría, en que dominan las cualidades defensivas.
Segunda categoría, de combinación máxima de cualidades defensivas con las ofensivas.

Tercera categoría en que dominan las cualidades ofensivas sobre las defensivas.
Cuarta categoría en que solo hay cualidades ofensivas.

PRIMERA CATEGORÍA

A esta corresponden los monitores y los guardacostas. Son buques de coraza completa y espesa, con cañones dentro de grandes torres de acero, que cargan proyectiles de perforación muy grandes y que en virtud de su gran peso, su velocidad es corta y pequeño su radio de acción.

La velocidad de un monitor moderno es excelente cuando alcanza diez millas por hora y su radio de acción no llega á tres mil millas.

SEGUNDA CATEGORÍA

La segunda categoría presenta el navío de línea, como quien dice, la correcta unidad táctica para la gran batalla naval.

En el acorazado de primera clase, se ha logrado poner corazas de cuarenta y cinco centímetros de espesor, de cintura completa, proteger la artillería dentro de torres, elevar el número de cañones de grueso y mediano calibre; llevar el tonelaje hasta catorce mil novecientas toneladas y al mismo tiempo dar una velocidad de diez y seis millas náuticas por hora y sostener un radio de acción de cinco mil millas.

TERCERA CATEGORÍA.

En esta categoría entran los cruceros, buques en que debe dominar la velocidad como primera cualidad y al mismo tiempo deben presentar resistencia hasta para batirse, aunque con desventaja, contra un acorazado.

Los cruceros son, acorazados ó protegidos. El crucero es acorazado cuando tiene una coraza parcial que sólo le abriga el delantero hasta poco atrás de la mitad de su longitud. Esta coraza alcanza por lo general á treinta centímetros de espesor reforzada en la proa hasta cuarenta y cinco. Los cruceros acorazados tienen como máxima una velocidad de veinte millas por hora.

El crucero de combate más ligero es el protegido, que tiene una coraza delgada ó blindaje de siete á doce centímetros y además un puente abajo de la cubierta del buque, colocado á un metro abajo de la línea de flotación, con la forma de lomo de tortuga, de acero y con un espesor que varía de cincuenta y siete á setenta y cinco milímetros. Estos cruceros llegan á tener una velocidad de veintitres millas por hora y un radio de acción de siete mil millas.

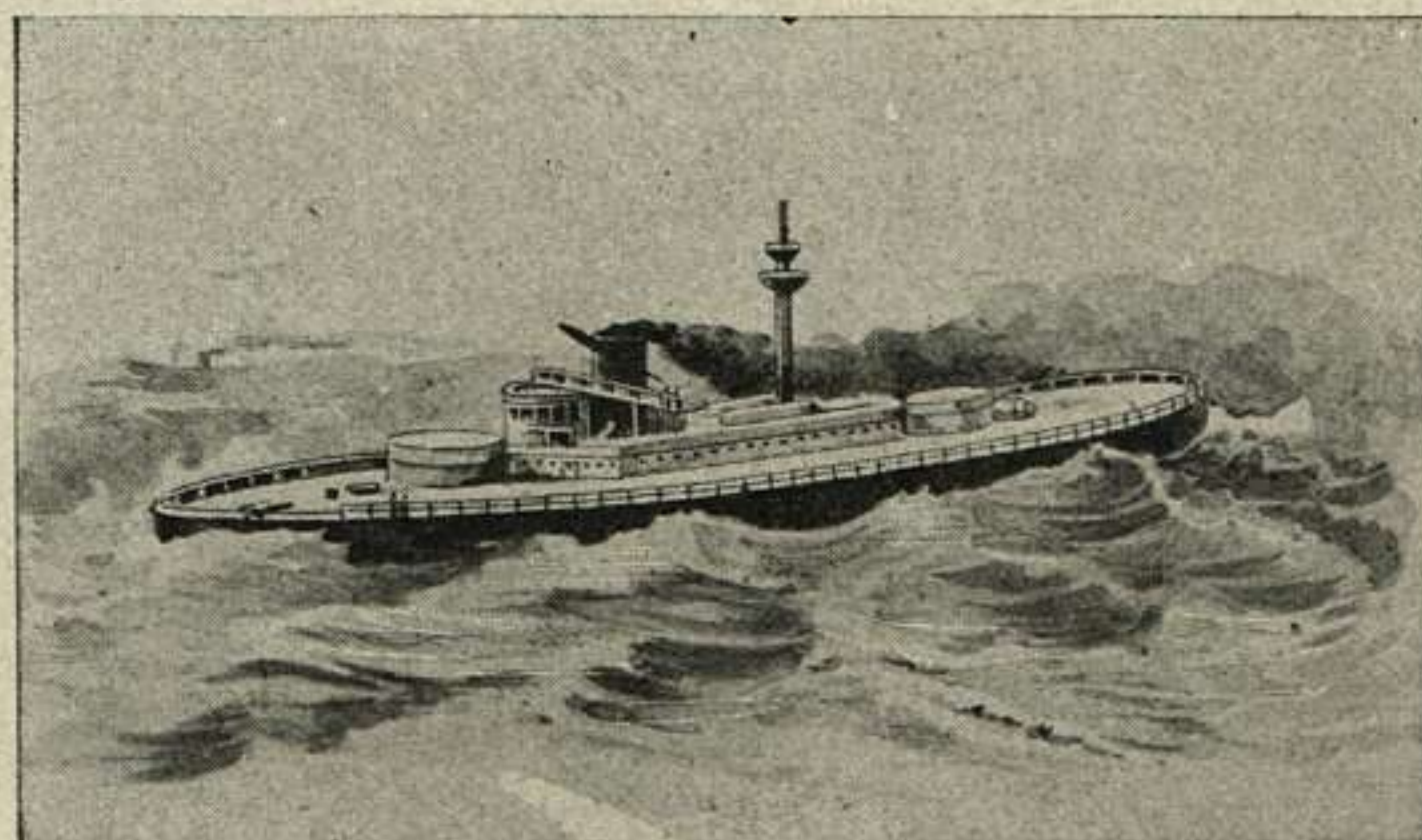
CUARTA CATEGORÍA.

Es la de los torpederos, sin resistencia para el combate, pero eminentemente ofensivos. Su velocidad llega hasta treinta y dos millas por hora, con un tonelaje de doscientas cuarenta; su radio de acción, es muy pequeño pues apenas alcanza á ochocientas millas y sus máquinas son muy poderosas, pues alcanzan á nueve mil caballos de vapor para un tonelaje insignificante como lo es el de doscientas y tantas toneladas.

Resumiendo tenemos, los siguientes tipos

Eminentemente defensivo, el Monitor; empleo principal, guarda-costas.

Supremo para la batalla naval, el acorazado en el que se equilibran entre las cualidades defensivas y ofensivas; empleo principal, la gran batalla naval de táctica

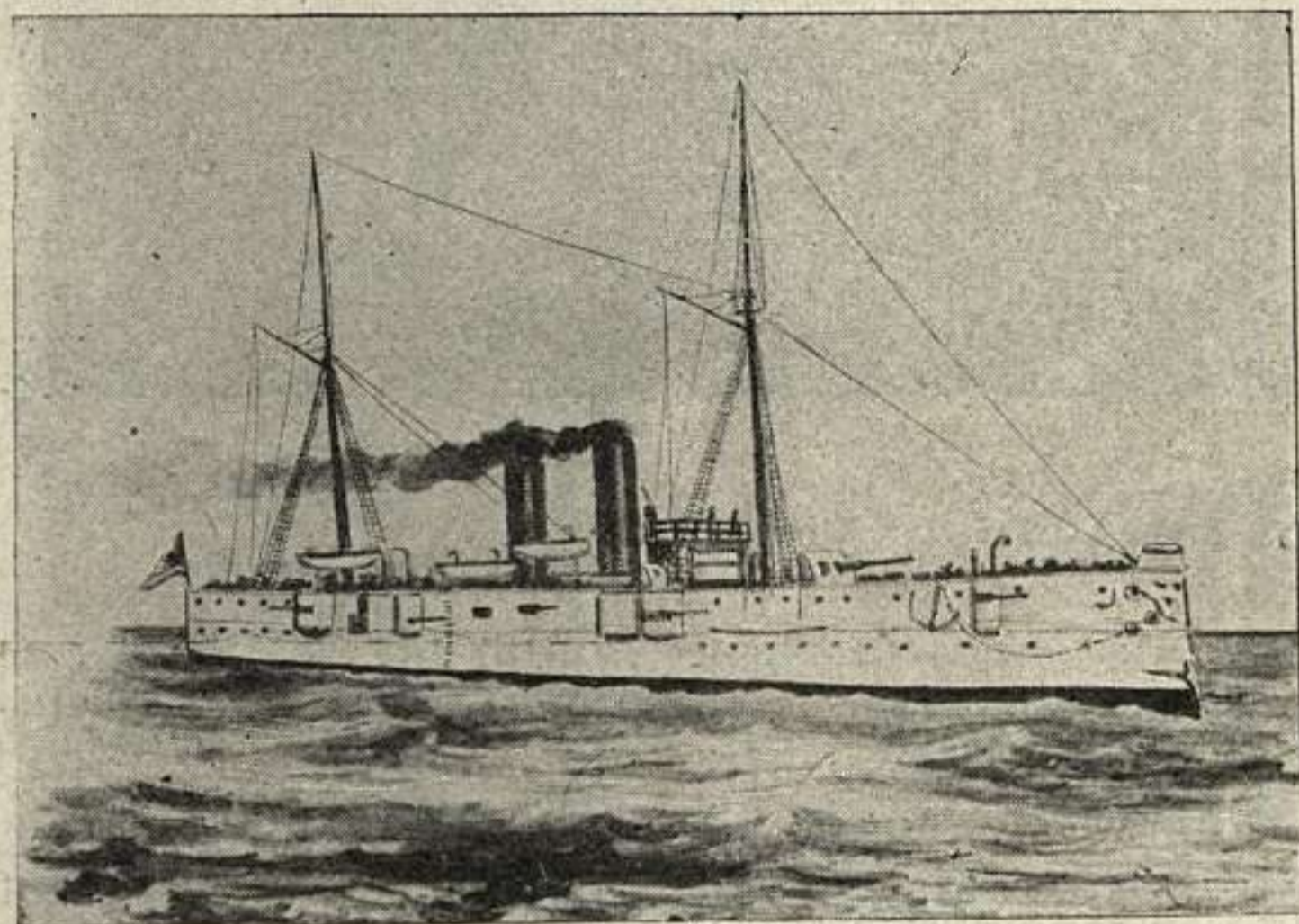


MONITOR GUARDA-COSTAS

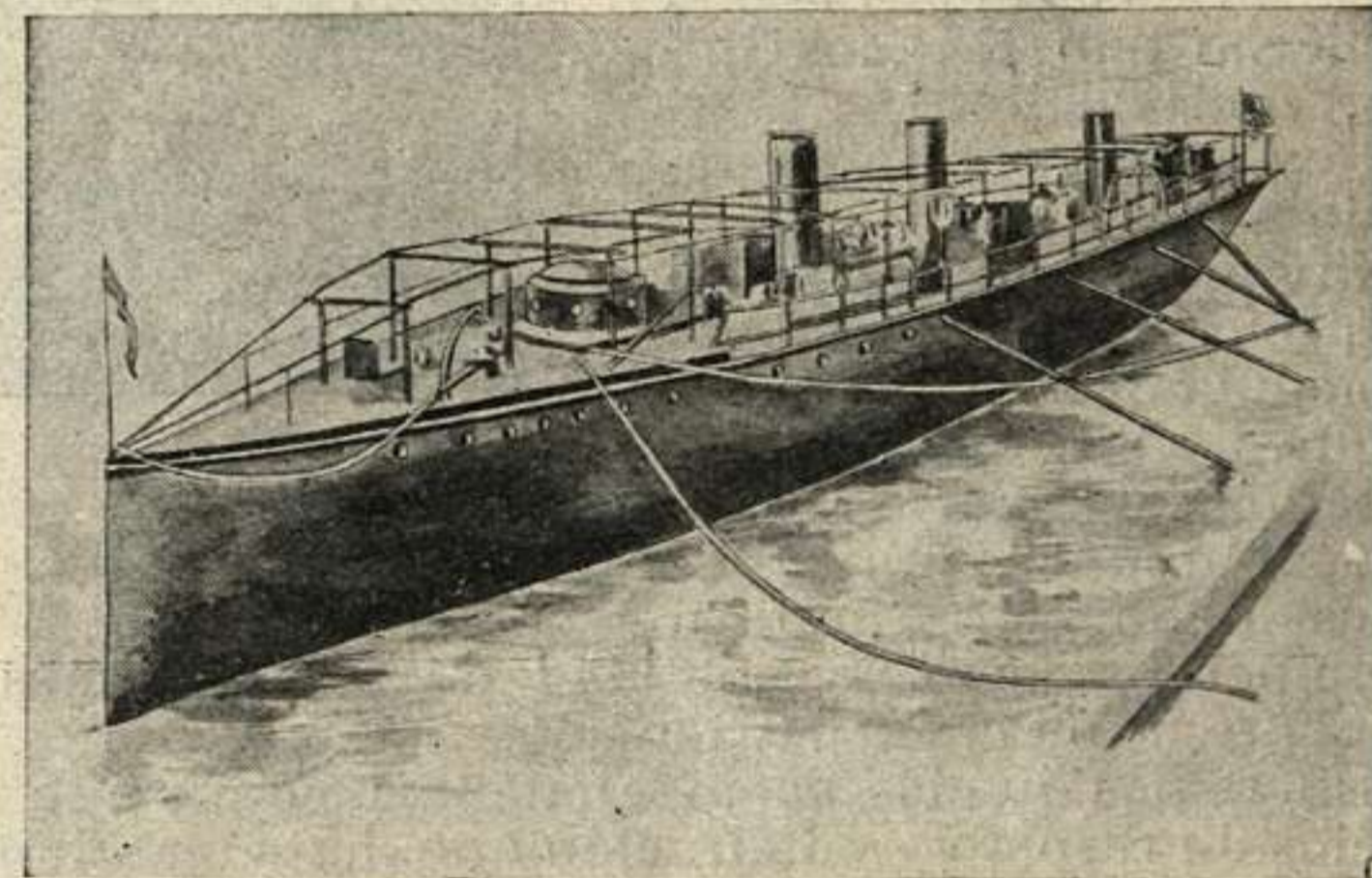
Dominante para ofender persiguiendo y para obligar al combate, el crucero acorazado protegido; empleo principal, la batalla de estrategia

Eminentemente ofensivos, el torpedero y su sabueso el caza-torpedero; empleo principal, hacer volar toda especie de buques, explorar y avisar.

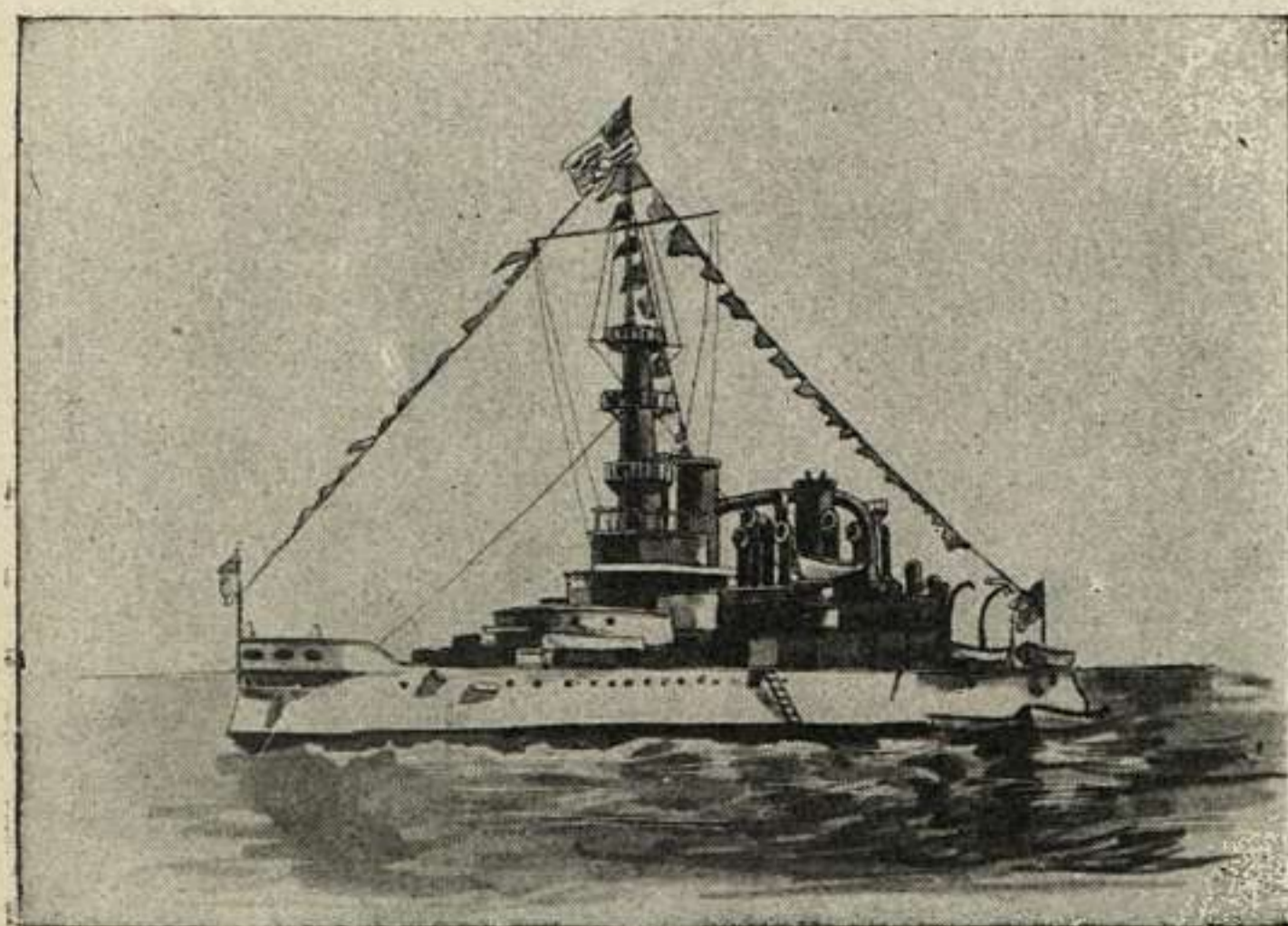
A. B. C.



CRUCERO PROTEGIDO.



TORPEDERO



ACORAZADO.

Nuestros grabados

Las tropas españolas en Puerto Rico

Vuelven de la gran revista las tropas de guarnición en San Juan de Puerto Rico. Su paso por las calles de la ciudad no es una fiesta militar, es un triunfo estruendoso; de todos los balcones llueven flores sobre los aguerridos veteranos del ejército español de las Antillas, que con brío y heroica serenidad se aperciben para la lucha.

Bien saben los habitantes del Puerto que esos soldados cumplirán con su deber, y por eso los vivas y las exclamaciones de júbilo popular, saludan a su paso a la brillantísima columna en su marcial desfile.

Los jefes de las flotas beligerantes

Publicamos en este número los retratos de los tres marinos de cuya pericia dependerá el resultado de la campaña naval que tiene por teatro los mil vericuetos del Archipiélago Antillano.

Al frente de sus flotas, el Contra Almirante y el Comodoro americanos porfían desde hace más de un mes por sostener la difícilísima posición de los Estados Unidos como potencia agresora, en el conflicto que tiene suspensos los ánimos en ambos Continentes. La responsabilidad que sobre ellos pesa es enorme, y solo el tiempo y los sucesos nos dirán si ha hecho bien ó mal el Gobierno de los Estados Unidos, confiando las fuerzas en que descansa su poderío naval.

Muy por el contrario, el Almirante Cervera ha dado la medida de su valer, puesto que los movimientos estratégicos del marino español, sin producir aún resultados definitivos, indican tanta pericia como profundidad de concepciones, y tanta previsión como patriotismo.

Esperemos que los acontecimientos confirmen los juicios de respeto y admiración que ha merecido el plan estratégico de Cervera aun por parte de los mismos americanos.

Las manifestaciones de Madrid y Sevilla

Siempre igual á sí mismo el pueblo español manifestó su entusiasmo patriótico en todas las ciudades del Reino, ora como en Sevilla precipitándose sobre el Consulado de los Estados Unidos para romper en mil pedazos el escudo de la Nación enemiga, á raíz de



MADRID.—MANIFESTACIÓN ANTE LA LEGACIÓN DE FRANCIA

la declaración de guerra; ora como en Madrid, presentándose en grupo compacto ante la Legación de Francia para hacer ruidosísima y muy significativa declaración de simpatía hacia la Nación Francesa. la cual á su vez, por todos los medios que la neutralidad le permite, pone de parte de España el peso enorme de su fuerza moral.

Correcto y reservado, el Gobierno de la República elude para Francia los riesgos de una actitud hostil contra los Estados Unidos; pero la prensa, reflejando el sentimiento popular, responde á los llamamientos con que España solicita para su causa el concurso de las Naciones Latinas.

todas las esperanzas y todos los votos de la Nación que le confía la defensa de su amenazada dominación colonial en América.

Nada se conoce y mucho se conjetura sobre el destino probable de la flota, y aun hoy que sabemos que se encuentra en aguas de América todo lo que á ella se refiere es un misterio.

"Flota misteriosa" se le ha llamado á la que dirige el Contra Almirante Cervera. Y bien, eso que hoy es un secreto nos dirá mañana si al salir Cervera de Cabo Verde, llevaba, como muchos creen, un plan artísticamente premeditado para salvar su flota y con ella la respetabilidad de España ante la Diplomacia europea.

Los indios Sioux alistándose como voluntarios:

Al convocar el Gobierno Americano á los voluntarios para la guerra actual, apresáronse entre los primeros los bravos indios Sioux que de enemigos sanguinarios y terribles de los Norte Americanos, hanse convertido en leales servidores de la Nación cuya bandera protege sus posesiones del Far West.

Partida de los soldados para Canarias

Nada más dramático y conmovedor que la despedida del soldado al partirse para la guerra remota. Ante esas explosiones de dolor de la madre abandonada y de esposa sin consuelo ¿quién no siente la injusticia del deber que manda á los hombres sacrificar su vida, y lo que es más caro aún, los afectos del alma? Y aun hay quien legitime la guerra concediéndole una moralidad superior.

Preparativos para el combate.

Contradictorios en apariencia, los dos elementos morales que debe poseer un alto grado el soldado de mar, nuestro grabado da una imagen precisa de la actividad infatigable y de la serena impavidez que muestran los soldados de mar en los momentos críticos del combate.

Cada hombre en su puesto, cada movimiento ejecutado con la regularidad de una máquina, como si no tronara la muerte con estampidos furiosos, como si de un momento á otro no fuera á abrirse el casco del buque para entregar al mar tantos mudos y oscuros heroísmos

La escuadra española en Cabo Verde

Próxima á partir la escuadra española, va á llevarse todas las esperanzas y todos los votos de la Nación que le confía la defensa de su amenazada dominación colonial en América.

Nada se conoce y mucho se conjetura sobre el destino probable de la flota, y aun hoy que sabemos que se encuentra en aguas de América todo lo que á ella se refiere es un misterio.

"Flota misteriosa" se le ha llamado á la que dirige el Contra Almirante Cervera. Y bien, eso que hoy es un secreto nos dirá mañana si al salir Cervera de Cabo Verde, llevaba, como muchos creen, un plan artísticamente premeditado para salvar su flota y con ella la respetabilidad de España ante la Diplomacia europea.



LA ESCUADRA ESPAÑOLA AL SALIR DE CABO VERDE

Vista de Matanzas

Nuestro grabado da una idea clara de la situación de Matanzas, la segunda poblacion de la Isla de Cuba, capital de una de las provincias más ricas de la Isla.

Durante la campaña se ha hecho notable Matanzas por la intentona de que fué objeto por parte de los americanos.

Es de advertir que las noticias relativas á esa acción, aparecieron con toda oportunidad en nuestra edición diaria, y antes de veinticuatro horas los telegramas respectivos que nos comunicó la Prensa Asociada, dieron la más completa y exacta narración de los hechos, sobre los cuales dijimos la verdad y toda la verdad.

LA SUPERSTICION Y LOS COMETAS

El 20 de Marzo fué descubierto en el observatorio de Monte Hamilton un nuevo cometa Según M. Bizoudan, astrónomo parisiense, ese cometa no puede distinguirse todavía á la simple vista, pero si con ayuda de un antejo común y corriente. Aparece á las dos de la mañana, en el Oriente, un poco hacia el Norte, encaminándose á la constelación del Cisne; pero no es posible observarlo sino hasta las tres y media; á esa hora se encuentra exactamente al Oriente y permanece visible hasta la alborada. Es de notarse en el nuevo cometa el gran contraste que presenta la extraordinaria brillantez del núcleo con la opacidad de la cauda, apenas visible.

No hace dos siglos todavía, antes del descubrimiento de la gravitación newtoniana y antes de que el mo-



PREPARATIVOS PARA EL COMBATE EN UN BUQUE DE GUERRA.

vimiento de los cometas hubiese sido referido á las leyes que rigen el curso de los planetas, los sabios mismos, los astrónomos más distinguidos, creían en la influencia de estos astros extraños sobre los acontecimientos de la humanidad.

Ya en el siglo pasado la gente de cierta cultura se reía cuando le hablaban de la influencia misteriosa de los cometas; pero no dejaba de sentirse atemorizada con la idea de un choque posible entre nuestro planeta y alguno de esos vagabundos del cielo.

Los sabios de aquel tiempo no eran extraños á tales aprehensiones, pues aún considerando el hecho como poco posible, creían en una catástrofe final para los habitantes de la tierra en caso de una colisión sideral.

Así puede uno explicarse los pánicos causados en aquél tiempo por la aparición de las cometas.

A principios de 1773 corrió el rumor de que un cometa iba á encontrarse en el camino de la tierra, que chocaría con ella produciendo fatalmente su destrucción. La alarma cundió en París no obstante las burlas de Voltaire y las memorias tranquilizadoras de Lalande el célebre astrónomo de aquel tiempo.

En la actualidad, la ciencia dice que los cometas cruzan el cielo en todas direcciones y penetran al interior de las órbitas de los planetas hasta las regiones comprendidas entre Mercurio y el Sol, siendo por lo mismo un contacto de la tierra con un cometa perfectamente posible. La posibilidad es, no obstante, remota: Arago calculó que las probabilidades eran de 1 contra 280,000,000. Por otra parte ni la historia de la huma-



LOS INDIOS SIOUX ALISTANDOSE COMO VOLUNTARIOS DE LOS ESTADOS UNIDOS.

nidad ni la geología,— que permite ascender demasiado en el tiempo,—han indicado la realización de ese acontecimiento. Además, el ether es un oceano tan vasto, son tan profundos sus abismos, tan prodigiosamente extensos, en comparación de los planetas más grandes, que toda posibilidad de colisión entre esos navios siderales, tan bien dirigidos, parecería un verdadero prodigio.

No faltan astrónomos que hayan afirmado que la tierra penetró en la cauda del cometa de 1861. ¿Qué resultó? A lo más una luz fosforescente sobre la bóveda del cielo; pero nadie sintió eso, y con excepción de algunos sabios nadie lo vió. Esto no es sorprendente pues ya se sabe que la densidad de la cauda es ínfima. Esa materia nebulosa que camina por el cielo casi no tiene peso: su volumen suponiéndolo equivalente al de la tierra pesará á lo sumo 400 kilos.

No se ha demostrado que el encuentro fuera tan inofensivo así, si nuestro globo se pusiera en contacto con el núcleo de un cometa. Desde luego, si es sólido y de densidad igual á la tierra, el choque sería espantoso; pero si, aun suponiéndolo sólido, es su masa tan débil que la acción que determinara sobre la tie-

rra, no fuese mecánicamente apreciable, falta saber si su materia no dañaría á los seres humanos. Aquí nos hemos reducido á conjeturas, porque ignoramos absolutamente la composición de los núcleos de los cometas.

Consideremos, pues, la misma hipótesis de un cometa de núcleo sólido, con una masa y una densidad comparables á la de nuestro globo y que choque con él en cualquiera dirección. Según el principio científico, el movimiento aparentemente anulado en un choque, se transforma íntegramente en calor.

Al chocar la tierra y el cometa se detendrían en su movimiento al rededor del sol y la suma de las cantidades de movimiento de que estuvieran animados se convertiría en calor.

Esta cantidad enorme de calor se ha calculado ya y podría citarse las cifras. Bastará decir que el calorífico desarrollado sería suficiente no sólo para fundir la tierra sino para reducirla á vapor en una porción considerable.

No debemos, pues, ni podemos saber con precisión lo que sucedería, si la tierra llegara a chocar con un cometa.



MADRID.—PARTIDA DE SOLDADOS PARA LAS CANARIAS



LA EXPEDICION DE ANDREE

PROBABLE MUERTE DEL AERONAUTA

El mundo sabio continúa preocupándose por la suerte de Andree, el intrépido viajero, partido, como recordarán nuestros lectores, a la conquista del Polo. ¿Vive Andree (y sus dos compañeros) Kant Fraenkel y Nils Strinberg) ó bien estos tres excursionistas de los espacios han encontrado blanca sepultura bajo los bancos de hielo de las regiones hiperbóreas?

Por desgracia todas las probabilidades son de que esto último haya sido el desenlace de la arriesgada aventura.

Para inclinarse á esta dolorosa solución, es necesario recordar algunos hechos:

El 11 de Julio de 1897, despues de algunos días de fuertes vientos contrarios, el globo, detenido durante algún tiempo en una barraca construida a propósito en la isla de Amsterdam, aprovechando un tiempo favorable se lanzó á los aires, en dirección noroeste. Primeramente, dice un testigo presencial de aquella escena, el aerostato se inclina hacia el mar y su barquilla roza las olas, pero algunos sacos de lastre arrojados oportunamente, lo hacen ascender á una altura de mil piés. Muy pronto, franquea el cabo norte de Fogelsang, deriva hacia el Oeste y se pierde en la bruma, una hora despues de su ascención.

Cuatro días han trascurrido desde aquél; los que han permanecido en tierra y vieron al *Ornen*, (asi se llama el globo) borrar se rápidamente en el horizonté, se pierden en conjeturas de toda especie. Pero el cuarto día, 15 de Julio, un navio, el *Alken*, que navegaba en las inmediaciones de Spitzberg, advierte á una paloma viajera posada en uno de sus mástiles. Se le dispara un tiro y se encuentra, atado en una pata, un tubo, en el que hay una inscripción: "De la expedición polar Andree al diario *Aftonbladet*, en Stokolmo. Abra-se la cubierta y sepáranse dos mensajes. Telegrafiése el que está en lenguaje corriente al periódico y envíese el otro, el que está en abreviaturas, á la misma publicación, por el primer correo."

Se abrió la envoltura; no contenía ningún mensaje abreviado, habia solamente uno, en el que se habian trazado estas líneas:

"13 Julio. 12 y media. — Latitud, 82 grados, 2 minutos; longitud, 15 grados 5 minutos. Gran camino recorrido hacia el Este; 10 grados Sur. Todo sigue bien á bordo. Esta es la tercera paloma enviada."

La letra era de Andree y la paloma llevaba en sus alas las señas características que se habian impreso á todas las embarcadas en el *Ornen*; no podía, pues, dudarse de la autenticidad del mensaje. Los otros dos mensajeros alados no han parecido.

Estas son las únicas noticias que han llegado de los osados excursionistas.

Ahora bien: tres hipótesis se presentan acerca de la suerte del *Ornen*. La primera es que el globo haya podido alcanzar la tierra de Francisco José; entonces Andree hubiese comprendido la imposibilidad de seguir adelante, y se habria decidido á descender. En este caso hubieran llegado fácilmente al cabo Flora, hacia el 80 paralelo, en que hay una casa confortable, con abundantes provisiones para pasar en ella el invierno.

Si les hubiese sido imposible llegar hasta allá, habrian podido matar un buen número de osos y de focas para subsistir en alguna casa de hielo, fabricada por ellos.

En virtud de la segunda hipótesis, el *Ornen* habria descendido en el mar al sudeste de Spitzberg. Cuando pocos días antes de su partida, le preguntaron lo que sucederia si el descenso se efectuase en el mar, Andree contestó friamente: Nos ahogariamos.

La tercera hipótesis es como sigue: El glo-

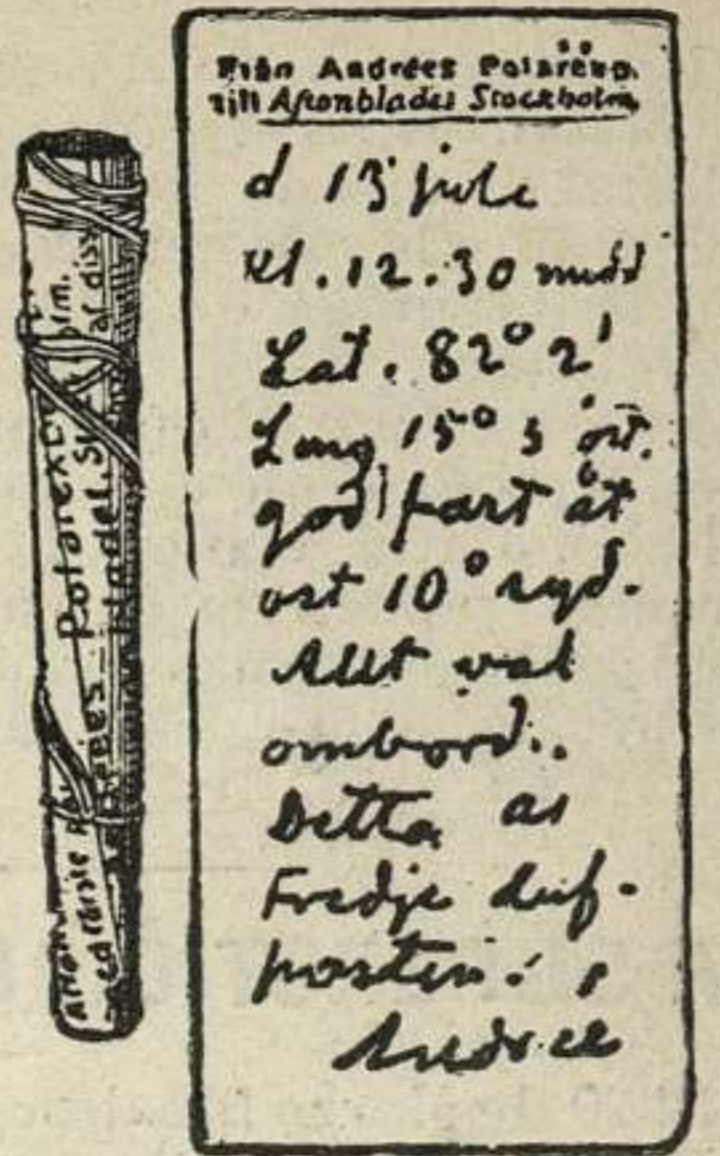
bo pudo habersido arrebatado por los vientos al Este ó al Norte de la tierra de Francisco José. En este caso los viajeros habrán perecido probablemente. Aun admitiendo que hayan llegado sanos y salvos á la costa de hielo que cubre el Oceano Polar, con todos sus equipos y sus fusiles, habrian podido llegar á tierra firme en ocho semanas de marcha, y ya se habria oido hablar de ellos.

En resumen: si el *Ornen* ha descendido en el mar los viajeros se han ahogado; si han invernado en los bancos

flotantes del sudeste de Spitzberg, han perecido; pero si han sido empujados á la tierra de Francisco José, Andree y sus compañeros han tenido la probabilidad de salvarse. Entonces se les encontrará este verano en la casa de Cabo Flora.

Por desgracia, esta última hipótesis es la que menos verosímil parece al mundo sabio.

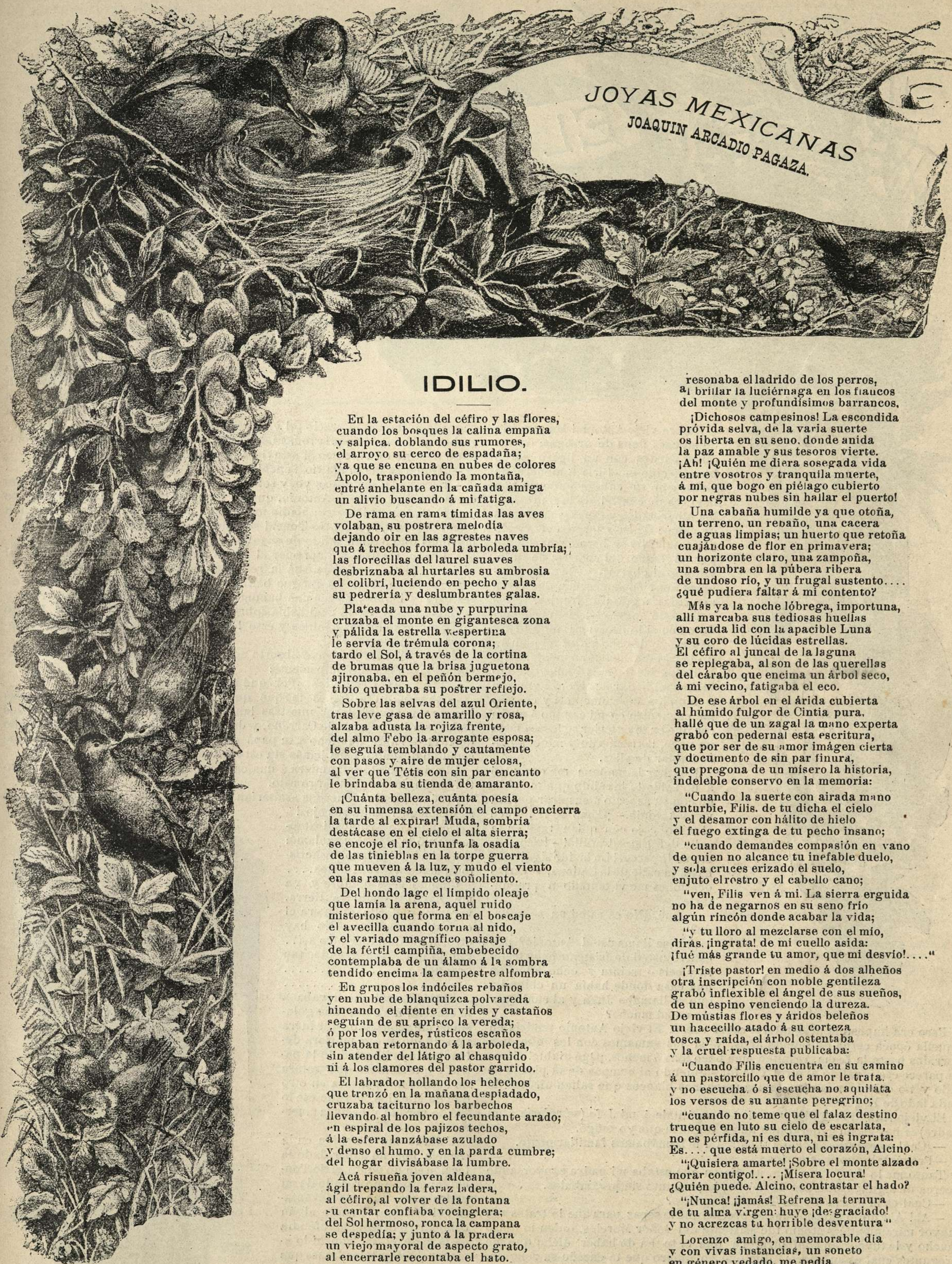
Pero cualquiera que haya sido la suerte de estos tres intrépidos excursionistas, sus nombres pertenecen por siempre á la gloria, porque es imposible hacer más heroicamente el sacrificio de su vida en este oceano inexorable que se llama la ciencia.



PANORAMA DEL PUERTO DE MATANZAS.



SEVILLA.—EL PUEBLO DESPEDAZA EL ESCUDO DEL CONSULADO AMERICANO.



IDILIO.

En la estación del céfiro y las flores,
cuando los bosques la calina empaña
y salpica, doblando sus rumbos,
el arroyo su cerco de espadaña;
ya que se encuna en nubes de colores
Apolo, trasponiendo la montaña,
entré anhelante en la cañada amiga
un alivio buscando á mi fatiga.

De rama en rama tímidas las aves
volaban, su postrera melodía
dejando oír en las agrestes naves
que á trechos forma la arboleda umbría;
las florecillas del laurel suaves
desbriznaba al hurtarles su ambrosia
el colibrí, luciendo en pecho y alas
su pedrería y deslumbrantes galas.

Plateada una nube y purpurina
cruzaba el monte en gigantesca zona
y pálida la estrella vespertina
le servía de trémula corona;
tardo el Sol, á través de la cortina
de brumas que la brisa juguetona
ajironaba, en el peñón bermejo,
tibio quebraba su postrer reflejo.

Sobre las selvas del azul Oriente,
tras leve gasa de amarillo y rosa,
alzaba adusta la rojiza frente,
del almo Febo la arrogante esposa;
le seguía temblando y cautamente
con pasos y aire de mujer celosa,
al ver que Tétis con sin par encanto
le brindaba su tienda de amaranto.

¡Cuánta belleza, cuánta poesía
en su inmensa extensión el campo encierra
la tarde al expirar! Muda, sombría
destácase en el cielo el alta sierra;
se encoje el río, triunfa la osadía
de las tinieblas en la torpe guerra
que mueven á la luz, y mudo el viento
en las ramas se mece soñoliento.

Del hondo lago el límpido oleaje
que lamía la arena, aquel ruido
misterioso que forma en el bosque
el avecilla cuando torna al nido,
y el variado magnífico paisaje
de la fértil campiña, embebecido
contemplaba de un álamo á la sombra
tendido encima la campestre alfombra.

En grupos los indóciles rebaños
y en nube de blanquizca polvareda
hincando el diente en vides y castaños
seguián de su aprisco la vereda;
ó por los verdes, rústicos escaños
trepaban retornando á la arboleda,
sin atender del látigo al chasquido
ni á los clamores del pastor garrido.

El labrador hollando los helechos
que trenzó en la mañana despiadado,
cruzaba taciturno los barbechos
llevando al hombro el fecundante arado;
en espiral de los pajizos techos,
á la esfera lanzábase azulado
y denso el humo, y en la parda cumbre;
del hogar divisábase la lumbre.

Acá risueña joven aldeana,
ágil trepando la feraz ladera,
al céfiro, al volver de la fontana
su cantar confiaba vocinglera;
del Sol hermoso, ronca la campana
se despedía; y junto á la pradera
un viejo mayoral de aspecto grato,
al encerrarle recontaba el hato.

Allá mugían las medrosas vacas
husmeando las brisas, y los cerros
reveían oyendo en las opacas
agrias cuevas la voz de sus becerros;
en las humosas hispidas barracas

resonaba el ladrido de los perros,
á brillar la luciérnaga en los fiaucos
del monte y profundísimos barrancos.

¡Dichosos campesinos! La escondida
próvida selva, de la varia suerte
os liberta en su seno, donde anida
la paz amable y sus tesoros vierte.
¡Ah! ¡Quién me diera sosegada vida
entre vosotros y tranquila muerte,
á mí, que bogo en piélagos cubiertos
por negras nubes sin hallar el puerto!

Una cabaña humilde ya que otoña,
un terreno, un rebaño, una cacera
de aguas limpias; un huerto que retoña
cuajándose de flor en primavera;
un horizonte claro, una zampoña,
una sombra en la púbera ribera
de undoso río, y un frugal sustento...
¿qué pudiera faltar á mi contento?

Más ya la noche lóbrega, importuna,
allí marcaba sus tediosas huellas
en cruda lid con la apacible Luna
y su coro de lúcidas estrellas.
El céfiro al junca de la laguna
se replegaba, al son de las querellas
del cábaro que encima un árbol seco,
á mi vecino, fatigaba el eco.

De ese árbol en el árida cubierta
al húmido fulgor de Cintia pura,
hallé que de un zagal la mano experta
grabó con pedernal esta escritura,
que por ser de su amor imagen cierta
y documento de sin par finura,
que pregonaba de un misero la historia,
indeleble conservo en la memoria:

"Cuando la suerte con airada mano
enturbie, Filis, de tu dicha el cielo
y el desamor con hálito de hielo
el fuego extinga de tu pecho insano;

"cuando demandas compasión en vano
de quien no alcance tu inefable duelo,
y sola cruces erizado el suelo,
enjuto el rostro y el cabello cano;

"ven, Filis ven á mí. La sierra erguida
no ha de negarnos en su seno frío
algún rincón donde acabar la vida;

"y tu lloro al mezclarse con el mío,
dirás, ¡ingrata! de mi cuello asida:
¡fué más grande tu amor, que mi desvío!..."

¡Triste pastor! en medio á dos alheños
otra inscripción con noble gentileza
grabó inflexible el ángel de sus sueños,
de un espinoso venciendo la dureza.
De místicas flores y áridos beleños
un hacecillo atado á su corteza
tosca y raída, el árbol ostentaba
y la cruel respuesta publicaba:

"Cuando Filis encuentra en su camino
á un pastorcillo que de amor le trata,
y no escucha, ó si escucha no aquilata
los versos de su amante peregrino;

"cuando no teme que el falaz destino
trueque en luto su cielo de escarlata,
no es pérfida, ni es dura, ni es ingrata:
Es... que está muerto el corazón, Alcino.

"¡Quisiera amarte! ¡Sobre el monte alzado
morar contigo!... ¡Miseria locura!
¿Quién puede, Alcino, contrastar el hado?"

"¡Nunca! ¡jamás! Refrena la ternura
de tu alma virgen: huye ¡degraciado!
y no acrezcas tu horrible desventura!"

Lorenzo amigo, en memorable día
y con vivas instancias, un soneto
en género vedado, me pedía
tu amor (como de joven) indiscreto.
Por complacerte, vióse el alma mía
en duro lance y riguroso aprieto.
Pagan aquella deuda, mal su agrado,
las trovas de ese amante desdeñado.



—Si, me dijo, que eras asistente de Morelos.

—Mira, no trates con tanta confianza al Señor Generalísimo; piensa en que no nacen muchos como él, ni nacerán acaso. — Oye, en los últimos años en que yo le serví, había

¡Pobre viejo Antonio! Me acuerdo de su cara llena de arrugas; de sus ojitos pardos con un ligero cerco blanquecino en el iris á manera de halos; con su cabeza cubierta con la gorra de cuartel, de la que salían los alborotados y espesos mechones de canas; de su cuerpo encorvado y trémulo; de su bigote amarillento por el humo del cigarro; de su levitón azul obscuro y de sus pantalones también azules con dos vivos amarillos, á guisa de franjas.

De todo aquel viejecito me acuerdo como si lo estuviera mirando, y tendría yo de ocho á diez años cuando le trataba constantemente.

Todas las buenas almas que poblaban mi hogar de niño, ya volaron á mundos desconocidos; y cuando me encuentro en mi camino á algún ser que en lo exterior se les asemeja un poco, las recuerdo y me complaço hablar de ellas.

Hoy por la mañana me encontré á un soldado inválido que me obligó con su aspecto á suspirar por mi viejo Antonio. — ¡Cómo se le parece el pobre cojo con quien topé en la calle del Empedradillo! — Pero ¡cómo se le parece! Lo he ido siguiendo hasta la calle de la Cadena, y varias ocasiones me ví tentado á preguntarle.

—Qué, ¿No es usted un resucitado?

¿No se llama usted Antonio? ¿No estuvo usted de asistente hace treinta y seis ó treinta y ocho años, en una casa donde había un chiquillo que se llamaba Juan y al cual quería usted mucho?

Pero era imposible preguntarle estas cosas. El viejo Antonio tendría en aquella época cerca de setenta años, y si los sumamos con los que van corridos hasta la fecha, resultan cien poco más ó menos. ¡Qué diablo! Cómo se parece ese inválido al otro! Y lo fuí siguiendo al compás de su pierna de palo y no quitaba mis ojos de los mechones blancos que salían airosos de cada lado de la gorra.

El viejo Antonio me dijo un día: —pregúntale á mi Jefe (se refería á mi padre) si hay algún general que tenga la gloria que yo tengo.

—¿Cuál es esa gloria, Tío Tonchi? Así le llamábamos familiarmente.

—Pregúntalo, no seas curioso.

Tanto me lo dijo, que al fin, un día en que estaba mi padre conversando acerca de algunos soldados de mérito, le pregunté sin preámbulos.

—Cual es la gloria del tío Tonchi, papacito?

—Ah! Ah! no lo sabes! Pues es preciso que lo sepas, para que lo trates con mayor miramiento; Antonio fué asistente del señor Morelos, quien lo quiso mucho y le tuvo gran confianza. Ya que él te ha de haber dicho que me preguntes cual es su gloria, dile que yo quiero que te enseñe su reliquia, su más rico tesoro.

Volando más que corriendo, bajé al patio, entré al cuarto del veterano y le dije con ese tono autoritativo tan peculiar en los muchachos.

—Tío Tonchi, que dice mi papá que me enseñes tu mejor reliquia.

—¿Eso quiere el Jefe? Bueno; pero antes te habrá dicho quién he sido yo en otros tiempos.

engordado mucho le creció el vientre y no se podía poner las botas. . . ¿sabes quién se las ponía todas las mañanas con mucha destreza y arrodillado delante de él, como si estuviera rezando?

—¿Quién se las ponía tío Tonchi?

—Pues yo, y nada más yo, y solo yo; ¡qué gloria tan grande! y él me decía muchas veces: —Antonio, que no te maten, porque al día siguiente tendré que salir descalzo; nadie me sabe poner las botas tan pronto y tan bien como tú. . . y el tío Tonchi se limpió con el dorso de la mano las lágrimas que habían salido de sus ojos.

—Bueno, repuse, sin apreciar el noble orgullo ni la sensibilidad del viejo. . . pero ¿en donde está la reliquia que vas á enseñarme?

El asistente abrió un antiguo baúl de aquellos forrados con cuero de res café y blanco, y sacó una banderola de dos puntas, la mitad roja y la mitad negra, en la cual había sobrepuestas y hechas de paño blanco una calavera con sus canillas y este letrero que no olvidaré nunca: «Independencia ó muerte.»

Me quedé contemplando absorto aquél trofeo cuya historia me era desconocida y pregunté impaciente:

—¿Y esa es la reliquia? ¿Por qué tiene esa calavera?

—Ah niño: tú no sabes lo que quiere decir esto. — Así eran todas las banderolas amarradas á nuestras lanzas de el *Veladero*; cuando hicimos pedazos á las fuerzas de Carreño, y derrotamos á París al comenzar el año de 1811. — Ya le he dicho á tu papá que si me ve morir, permita que me sepulten desnudo, pero jamás sin esta reliquia.

El asistente ató la bandera á una caña y la inclinó para mirarla á su satisfacción durante un largo rato.

¡Qué tropel de recuerdos asaltarían su mente! ¡Qué mundo de cosas idas se desplegaría ante sus ojos!

Después de algunos instantes movió la cabeza y exclamó: —no ha nacido otro Jesucristo ni nacerá otro Morelos. . .

Cuando seas hombre y ya me haya tragado la tierra, verás muy clarito quién era el cura de Carácuaro. — No hay otro, ni puede haber otro así. . . tan grande, tan grande, tan grande! . . .

El tío Tonchi me llevaba á la escuela; me compraba golosinas; me aconsejaba que fuera yo soldado y que muriera defendiendo la libertad de la patria y que siempre que tratara de héroes no pensara en otro que en Morelos, porque ese lo fué de verdad y hasta la muerte.

Cuando me detenían en la escuela por no haber dado la lección sin un punto, el tío Tonchi inventaba un recado de mi padre para que me levantaran el castigo; cuando algún compañero díscolo me ofendía en la calle, el tío Tonchi lo amenazaba con tales frases que le obligaba á huir de nosotros; cuando yo estaba enfermo, en la cama, me acompañaba todo el día sin fastidiarse, y noche por noche me refería en sencillo estilo y sin hi-



pérboles ni metáforas, los episodios de aquella inmortal epopeya de que fué actor y testigo y que me infundieron en el alma este amor inmenso al suelo en que he nacido.

¡Pobre tío Tonchi! Nunca pidió un premio ni solicitó un ascenso. Herido en una pierna por los soldados de Añorve, se la amputaron en Chilapa y quedó sufriendo dolores toda la vida.

Una tarde llegó tosiendo y con un dolor en el pecho que le obligó á guardar cama.—Le atacó una pulmonía que se lo llevó al otro mundo en menos de una semana.

Y me acuerdo que al volver de la escuela lo encontré ya cadáver, y no se me olvida el cuadro que presenciaron mis ojos.

En el ataúd y sobre una sábana limpia y blanca como el armiño, estaba tendido el viejecito, con los ojos cerrados, las manos sobre el pecho, su uniforme muy bien cepillado; los mechones blancos, rebeldes como siempre, el bigote caído sobre el labio superior y una sonrisa de bondad en el semblante.

—Papá, papá, grité con desesperación; ya se murió el tío Tonchi. . . .

—Calla, hijo, calla, me respondió mi padre, á quien yo no había visto, desde un ángulo de aquel



cuarto; se murió Antonio y voy á cumplirle su mayor deseo.

Diciendo esto, vino á detenerse junto á la caja, y puso sobre el pecho del asistente, bien extendida, de manera que le cubriera el corazón, la banderola aquella que le acompañó en el Veladero.

Y recuerdo como si lo tuviera delante de mis ojos, que al cerrar para siempre aquella caja, ví como quedaban dentro de ella, cual si estuvieran esculpidas con rayos de sol, aquellas letras de paño blanco cosidas sobre la banderola, que condensaban todo el afán del gran Moreles y de sus soldados entre los cuales se contó aquel pobrecito viejo:

«Independencia ó muerte.»

Al caer la tapa, mi padre dijo con profunda melancolía:

—Adios Antonio, gracias por tu fidelidad á mí y por tu cariño á mi hijo.

Y haciéndome una caricia agregó mirándome: quédate unos momentos acompañando á Antonio, porque no te has de encontrar muchos tíos Tonchis en la vida.

JUAN DE DIOS PEZA.

Hay una cosa más dulce que el amor: la gratitud. Por eso la mujer que se casa con un hombre á quien le debe reconocimiento, saborea las más deliciosas ternuras y labra su felicidad.

Introducción á un poema

Todo sér lleva una cruz
De la conciencia en el seno:
Unos, cubierta de cieno,
Otros, radiante de luz.

* *

¡Oh humanidad irrisoria!
Fecundas en tu delirio,
Con la sangre del martirio
Los laureles de la gloria.

Vive de eterno baldón
Quien combate en torpe lidia,
Al mérito, con la envidia
Con la injuria, á la razón;
Y escarneciendo tenaz
De las virtudes la palma,
El crimen tiene en el alma
Y la ignorancia en la faz.

Viles Cresos y tiranos
Que en vuestro orgullo profundo,
Llenas ostentais al mundo,
De sangre y oro las manos.

De la lid en el fragor
Yo venceré en la pelea:
Tengo por arma la idea
Y por escudo el honor.

* *

Aliento fé que me impele,
Y nunca temo al desastre:
Es ley que el reptil se arrastre
Y que el ave cante y vuele.

* *

Y si perezcó en mi anhelo
Por el bien apetecido,
No es mengua para el caído
Cuando cae desde el cielo.

FELIPE N. BERTRAND.

TROVA

Siempre que con la mía
se encuentra tu mirada
resurgen mis recuerdos
del fondo de mi alma,
cantando de otros días
las dichas olvidadas;
como al romper las sombras
la clara luz del alba,
dando al aire el torrente
de sus alegres cántigas,
se alza el alado coro
de las hojcas ramas.

ANDRÉS CALCÁNEO Y DÍAZ.

LOTO

Noche, silente Noche! yo te imploro
Y tu llegada bienhechora ansio;
Sólo en tu seno, misterioso y frío,
Hallo el consuelo del dolor que lloro.
No amo el destello de tus luces de oro
Con que esmaltas el piélagos sombrío,
Las que forjaron, para engaño mío,
De almos ensueños fugitivo coro.

Amo tu sombra cuando densa, oscura,
El mundo cubre con luctuoso manto
De honda desolación y de pavora.
Amo tu sombra, á cuyo dulce encanto,
Trémula flor de virginal blancura,
Surge del Nilo de mi acerbo llanto. . . .

E. FERNÁNDEZ GRANADOS.

DAMAS MEXICANAS



Srita. Carmen Rincón Gallardo

DE MEXICO.

Fotografía de Valletto.

SONETO

Venid ¡oh! corazones que piadosos
Veis el dolor de que me siento herido;
Venid á oír el eco condolido
De mis tristes suspiros dolorosos.

Están mis ojos húmedos, llorosos,
Y aunque de muchas penas siempre ha sido
Consuelo el llanto, al justo cielo pido
Treguas á mis lamentos angustiosos.

¡Venid! y oiréis mi enamorado acento
Llamando á la mujer idolatrada
Que de un mundo mejor recibe aliento.

¡Venid y oireis la voz acongojada
Del que á vivir sin ella ni un momento,
Prefiere las tinieblas de la nada.

DANTE.

GRITOS CLASICOS

VESPERTINA III

Más, apóyate más, que sienta el peso
de tu brazo en el mío; estás cansada,
y se durmió en tu boca el postrer beso
y en tus pupilas la última mirada.

¡Qué fatiga tan dulce, la fatiga
que precede á los éxtasis; pereza
del cuerpo y del espíritu, que obliga
á mezclar el amor con la tristeza.

Se va la luz.

Y la Naturaleza
parece que nos dice: Soy amiga
de todos los que se aman; los amparo
Ya os di alcobas de flores, ya os di asilos
misteriosos. . . . descansad tranquilos
en la estrellada sombra que os preparo.

¡Oh, buena amiga!—El alma de las cosas
sigue de nuestro espíritu las huellas;—
primero, para amar, nos diste rosas,
después, para soñar, nos das estrellas.

La luz se duerme en el zafir, lo mismo
que en los profundos ojos de mi amada;
mas aun queda un fulgor en el abismo
y un toque de pasión en la mirada.

¡Sutil y misterioso panteísmo!
. Más, apóyate más; vienes cansada. . . .

LUIS G. URBINA.

Mayo de 1898.

JULIETA

¡Oh noche, ven á mí. Trae á Romeo,
Noche querida y triste;
Virgen sagrada de la frente negra
Que ya juntos nos viste.

¡Oh noche, ven á mí! Trae á Romeo!
Y de tu niebla fría
Luz y calor será! . . . Que su presencia
Haga en la noche, día!

¡Oh noche, ven á mí! . . . Trae á Romeo!
Y entre tu densa bruma
Como la nieve brillará, del cuervo
Sobre la negra pluma.

¡Oh noche, ven á mí! . . . Trae á Romeo!
Y su ceniza fría,
Cuando llegue á morir, dispersa en astros,
Te alumbra como el día!

W. SHAKESPEARE

SIEMPRE AMAR.!

... ¡Qué me importa la muerte? .. qué la vida?..
Quiero amar y de amor palidecer!
Tan solo por un beso, yo daría
La idea que siento en mi cerebro arder.

Quiero por mi mejilla enflaquecida
De la pasión las lágrimas sentir!
Quiero gozar la inexplicable dicha
De, por amar con frenesí, sufrir!

Quiero contar que herido de un engaño
Juró no amar mi corazón jamás. . . .
Y ahora es el juramento que hago
No vivir un instante sin amar.

Corazón desbordado de amargura,
Despójate de orgullo y de desdén!
Rasga ya la mortaja que te enluta,
Vuelve á la vida y al amor también.

Después de haber sufrido—es el destino—
¡Ay! es preciso sin cesar sufrir,
Después de haber amado ¡ay! es preciso
Amar. . . y siempre amai. . . hasta morir!

ALFREDO DE MUSSET.

Nuestras artistas.

CAROLA GONGORA

Carola Góngora muy temprano hizo presentir lo que debía ser. Desde sus primeros años reveló un talento poco común y sus padres, al contrario de lo

que por desgracia acontece frecuentemente, no tuvieron reparo en alentarla, buscando para aquellas nacientes facultades la atmósfera más idónea y estimuladora, á saber, uno de los primeros centros artísticos del mundo.

La histórica ciudad de Gante, en Bélgica, fué el lugar destinado para que Carola hiciese sus estudios, desde la línea recta, hasta llegar con esfuerzo propio á crear obras que como el *Mauricien* hemos admirado en los aparadores de Pellandini en unión de muchos artistas que hallan un primor de valentía en su colorido, una intachable corrección en su dibujo é infinidad de toques tan *personales* y valientes que parece mentira hayan brotado del pincel de una mujer.

El *Mauricien* es una de las últimas creaciones de Carola, y hace presentir una pomposa sucesión de obras maestras, pues la artista cuenta apenas veinte años.

Sabemos que va á concurrir á la exposición de Bellas Artes que se celebrará en esta metrópoli á

finis del corriente año y que exhibirá varios estudios al pastel, entre los que se encuentran algunos retratos

Es probable que exhiba también un hermoso cuadro que ella ha denominado *El taller de los sastres*, primorosa creación en que domina el tono gris de un invierno europeo y en la que abundan las figuras perfectamente estudiadas. En general en todos sus cuadros adviértese un *caché* netamente francés al mismo tiempo que una originalidad notable.



EL METRO DE DOCE

La estrofa de doce: son cuatro donceles, donceles latinos de rítmica tropa; son cuatro hijos-dalgos en cuatro corceles; el metro de doce galopa, galopa.

Eximia cuadriga de casco sonoro que arranca al guijarro sus chispas de oro; caballos que en crines de seda se arrojan ó al viento las tienden como pabellones; pegasos-fantasmas, los cuatro bridones galopan, galopan, galopan, galopan...

Oh, verso potente, doncel soberano que montas nervioso bridón castellano cubierto de espumas perladas y blancas, apura la fiebre del viento en la copa, y luego galopa, galopa, ga'opa... llevando el Ensueño prendido á tus ancas!

La estrofa de doce son cuatro garzones, garzones latinos de rítmica tropa; son cuatro hijos-dalgos en cuatro bridones; el metro de doce galopa, galopa...

AMADO NERVO.

POMPAS DE JABON

—En su informe pericial, los facultativos afirman que usted está en el pleno uso de su razón.

—Así es, señor Presidente

—¿Y nunca ha sufrido usted perturbaciones mentales?

—Nunca, Señor

—Diga usted, pues, los motivos que lo impulsaron á cometer ese horroroso crimen que parece debido á un ciego arrebatado de locura.

—Seré breve, señor Presidente. Cuando conocí á la madre del niño, ella contaría trece años y yo diez y ocho; ya desde entonces tenía ese cuerpo gallardo y esa tez aterciopelada que la hacen tan atractiva, ya sus ojos relampagueaban con llamaradas de amor y había en sus labios guindas una perpetua é irresistible invitación al beso. La amé! Nos juramos muchas cosas para toda la vida; y como era yo muy pobre, parti para engancharme en la marina de guerra. En cinco años, si se trabaja mucho y se gasta poco asciende uno y junta dinero suficiente para casarse y para abrirse un porvenir. Ni en la guerra ni en la paz, ni en la tempestad ni en la calma, hubo marino más resuelto, ni más cumplido ni más honrado que yo: quería ascender y ascendí, quería tener dinero y lo tuve

—¿Por qué eres tan avaro, Julián? me preguntó el Comandante del Crucero un día que me vió guardando unas monedas.

—Porque tengo una novia, la amo mucho y me voy á casar al salir del servicio. Cuanto guardo, es para ella

El viejo Comandante me sonrió afectuosamente, y á los pocos días tuve mi primer ascenso. Nunca bajé á tierra en los puertos, ni jugué el baccarat en la cantina con los compañeros, ni compré ropa ni prenda alguna; por eso á los cinco años, al despedirme del barco, tenía muchas esperanzas de ventura y un capital.

Cuando llegué aquí me dijeron que mi novia se había casado á los pocos días de mi partida; que tenía un hijo más lindo que ella y que era muy feliz. Tres semanas me duró la fiebre; y como Dios no me quiso para sí, pensé que debía resignarme y vivir.

Pero un día, el 24 de Agosto, ya sabe usted, el día del crimen, la volví á ver, más bella y más arrebatadora que nunca. Tenía al niño en los brazos, estaba junto á la ventana y se entretenía haciendo pompas de jabón que se elevaban unos momentos en el aire, se irisaban con reflejos mágicos y reventaban después esparciendo un menudó rocío. El niño las veía y agitaba, loco de contento, sus manecitas: la madre no tenía ojos más que para el niño y lo contemplaba con miradas que eran caricias; y tenía toda ella, celeste expresión de plenitud de dicha.

Entonces fué cuando concebí el crimen; penetré á la casa, subí sin ruido la escalera, atravesé varias habitaciones y llegué con flexibilidad silenciosa de gato, hasta donde estaba con su hijo aquella mujer. Lo demás, ya lo sabe usted... di un salto de tigre. arrebaté al niño, y con mis grandes manos de marinero apreté, apreté hasta que reventó como las pompas de jabón.....

Y extingui en el acto á ese niño que momentos antes palpitaba en expansiones irradiantes de ternura. ¡Pero qué fácil es matar, y cómo se ensancha el espíritu después que uno ha matado!

Si supiera usted, Señor Presidente..... Antes de mi crimen, tenía yo como hinchado el corazón, como vacío el cerebro y como secos los ojos. Coja usted un árbol desarráiguelo y arrójelo á un arenal: así estaba yo. Ahora me siento otra vez con suficiente vida, mucha vida, toda la necesaria para que el verdugo sienta placer al arrancármela

Y en cuanto á esa mujer, ya no la veré reír como reía esa mañana, ni veré brotar de sus ojos miradas así, de las que expresan plenitud de felicidad.

Estrangulé á su hijo, y lo boté como un harapo —Ahora ya se lo habrán comido los gusanos, poco á poco, como los celos me comieron las entrañas á mí.

Pero ella, sabe olvidar..... ¡Vaya si sabe olvidar! Y después de algunas lagrimas en el cementerio, le nacerá otro chico y será igualmente bello y hará para divertirlo pompas de jabón....

Ah! Si yo pudiera....

El Presidente del Jurado le mandó callar y ordenó á los gendarmes que lo retiraran de la sala

Cuando se discutió la culpabilidad de ese infeliz todos opinaron que estaba loco.

Sin embargo dijo el Presidente: hay que fusilarlo: Son muy peligrosos los locos que matan.

Y Julián murió en el patíbulo, algunos días después.

Como lo había previsto, su novia acabó por olvidar al muertecito, tuvo otros muchos hijos y vivió con ellos y su esposo largos años de felicidad.....



LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 5.

—Oh, no! Enamorado de esa fea, de seguro que no, porque es peor que la estampa de la heregía; flaca como una escoba y sin otras redondeces que la de la giba. Pero tú le haces ojitos á sus escudos; y como se ve que ella bebe los vientos por tí, te has metido en la mollera casarte como si dijéramos, con los terruños y las casas de la tía corcova. Confiesa que tengo olfato de perro y que te cogí en tu picardía.

Hubo un momento de silencio y luego la voz del Chino vibró atrevida y truhanesca.

—Bueno. Y si eso fuera?

—Si eso fuera! gritó Clarisa exasperada. ¿Y tienes hígados para darme en mi cara? Entonces, después de haberme engatusado para divertirte un poco de tiempo, me arrojarás al arroyo como un trapo. Si eso fuera? Haz la prueba y verás de lo que soy capaz!

—Cállate, loca! No harás nada, porque nada hay que hacer.

—No me desafíes, animal!

—En fin qué harías? Desembucha de una vez.

—De pronto, le iría á preguntar á la jorobada con qué derecho me quita mi hombre; y si insiste en quedarse con tan maldita prenda, me hallarán ustedes dos el día de la boda á la puerta de la iglesia, y armará la gorda y temblará toda la aldea.

—Eso no más harías? Pues cuidado con los gendarmes. A ellos, ni un poco les gustan esos temblores.

—Los gendarmes... serías capaz...? Ah! descorazonado! No más eso me faltaba oír!

Hubo entonces en la cocina una explosión de lágrimas. Clarisa sollozaba ruidosamente, y entrecortaba los sollozos con lamentaciones de su desdicha y desahogos contra el miserable que la había engañado. Marcial callaba, dejando sabiamente que pasara el aguacero, previendo que esta crisis reaccionaría la tensión nerviosa de su amada, y luego sería fácil entenderse con ella. Pasados unos minutos, le dijo con voz acariciadora.

—Vamos, terroncito de azúcar, entra en razón y no sigas disparatando; tú sabes bien, atontada, que siempre te he de amar. Tú eres demasiado linda; y juntos estamos tan bien, que no hay para qué separarnos. Suponiendo que me casara yo, nada cambiará por eso...

—Oh! oh! sollozaba Clarisa, pero ya con menos violencia. Nada cambiará? No entiendo.

—Pues sí, nos seguiríamos amando como ahora. No serán las bendiciones del cura ni los garrapatos del notario los que me impidan mimarte y darte gusto. Vamos, abrázame y conversemos con formalidad. Tú eres un linco y me has adivinado; yo me agarro de Germana como de un



clavo ardiendo, por que estando boba por mí, buen imbécil sería despreciando este casamiento ventajoso que á nada me compromete y que me deja lugar de camelarte á mi satisfacción. La pobre no sabrá qué es amor; será mi mujer de derecho, pero tú serás la preferida y tendrás la mejor parte. Así quedas también asegurada, y esto es mejor que seguir trabajando aquí como estamos, muriéndonos de hambre como ratas de iglesia.

—¿Qué bien sabes engañarme, bribón! ¿Me juras que yo seré siempre tu verdadera mujer?

—Te juro que no tendré alegría sino contigo, ni caricias más que para tí; tu sola eres mi amor y no hay más dicha en mi mundo que la de estrecharte en mis brazos y apretar mis labios con tus labios y besarte mucho, así... así!

En la cocina poco antes llena de sollozos se oyó el estallido de múltiples besos de pasión, interrumpidos por risas y ternezas.

Esto era más de lo que la infeliz Germana podía soportar. Su cabeza le parecía que giraba y sentía doblársele las piernas. Derepente cayó de rodillas y arrastró en su caída una pila de zuecos

que se derrumbó con estruendo.

—Diablo! dijo Marcial estupefacto. Hay alguien en el taller.

Y salió bruscamente de la cocina seguido de Clarisa despeinada, y prorrumpiendo en una insolente exclamación.

—Al reconocer á su prometida gritó Marcial:

—Germana!

—Esta, por un doloroso esfuerzo de la voluntad se puso en pié, y dijo con voz ahogada:

—Sí... y lo he oído todo. Adios, Marcial.

Pálida como una agonizante huyó de allí, perseguida por las groseras burlas y carcajadas de Clarisa.

V

Al través del bosque, sobre las sendas húmedas y resbalosas, la jorobada apresuraba el paso é inclinaba la cabeza. El choque violento que acababa de recibir la había aturcido de tal manera, que estaba inconsciente de su desgracia y no se preocupaba sino de huir lejos, muy lejos del horrible lugar donde había sido tan cruelmente tratada. La risa impía de aquella mujer resonaba aún en sus oídos, y parecía que iba con ella. En la cima de la vertiente se detuvo jadeante, sintió que flaqueaban sus piernas y se dejó caer al suelo. Las arterias le palpitaban con un ruido sordo; un círculo de hierro le oprimía las sienes; apoyó en las manos heladas su frente que ardía, y permaneció por algunos momentos inerte, casi inanimada.

Al rededor, la selva se iba quedando solitaria; con el sol que descendía, subían vapores de la tierra mojada; las voces de los colectores de hayas iban

perdiendo á lo lejos, y el silencio cundía bajo las arboledas. Solo las hojas marchitas continuaban desprendiéndose con murmurios apenas perceptibles; y lentamente, y con suavidad, rozaban al caer, el cuerpo inmóvil de Germana.

Estas misteriosas caricias de las hojas caídas sobre el cuello y las manos de la pobre niña despertaron poco á poco su sensibilidad y le devolvieron la facultad de pensar; pero al recobrar la conciencia de sí misma, le vino necesariamente el sentimiento de su desdicha. Sus ojos, hasta entonces secos se llenaron de lágrimas, y empezó á sollozar sin consuelo.

Las celosas recriminaciones de Clarisa y las cínicas respuestas del Chino, estallaron en su memoria como otras tantas balas explosivas y le parecía al mismo tiempo que garras agudas le penetraban en el pecho.

El dolor la volvía clarividente. ¡Cuánto se había abusado de su situación y de su amor! Juzgando el corazón de Marcial por el suyo propio creyó en la sinceridad, en el desinterés de su afecto. La ilusión del amor la había llevado en



un instante á pleno cielo en una región de delicias semejante al paraíso de que hablan los Libros Sagrados. Ah! Había bastado un cuarto de hora para precipitarla desde aquellas alturas siderales á un abismo de espinas y de fango,

Y allí estaba muerta, desgarrada, humillada, y sin embargo, en medio de su dolor y de su vergüenza no tenía fuerzas para odiar al que le había hecho tanto daño; y aunque lo veía indigno de ella, todavía no dejaba de amarle. Esto le parecía un signo de depravación moral que aumentaba sus lágrimas, y tenía ganas de decir á gritos su desolación á la selva, en la cual, silenciosamente, lentas y suaves las hojas secas continuaban cayendo en el crepúsculo.

La obscuridad se extendía; y medrosa de errar de noche por el campo, tomó ánimos para levantarse y seguir la dirección de Auberive: Cuando salió del bosque ya era muy tarde: las nieblas se arrastraban sobre los pantanos que preceden á la aldea, y en lo alto las estrellas guiñaban sus ojos de oro.

Después de una marcha penosísima, cuando llegó á su casa encontró en la puerta á la Buena que la esperaba con ansiedad.

—Hasta que al fin llegas! exclamó tomándole las manos. Te extraviaste en la selva? Ya estaba alarmada no viéndote venir, y hasta pensé que podías haber tenido un mal encuentro. Dios mío! Estás helada, hijita, entra pronto á sentarte junto al fuego.

Cuando entraron á la cocina, y ya en la luz, la Buena vió á Germana, lanzó una nueva exclamación.

—Santos ángeles custodios! Mira como estás, con la ropa despedazada y los cabellos en desorden.

Levantó luego la lámpara y llevando á Germana frente al espejo, continuó diciéndole:

—Mírate, mírate; da miedo tu palidez. Acaso algún malvado te espantó en el bosque. De fijo que te ha ocurrido alguna desgracia.

Maquinalmente Germana vió el espejo que le devolvió la imagen de su pobre carita paliducha, sus párpados hinchados, sus hombros salientes y su talle retorcido. ¡Ay, si...! Era fea y contrahecha... un verdadero aborto...! Cómo había sido suficientemente loca, cómo se dejó cegar por el orgullo y el pecado, hasta el punto de creer que alguien podía enamorarse de ella?

Cerró entonces los ojos, retrocedió y con voz enronquecida respondió á las lamentaciones de la Buena:

—No, no me ha sucedido nada, pero tengo frío, mucho frío.

Se aproximó lentamente al fuego y tendió sus manecitas hacia las llamas. Todo su cuerpo temblaba y estaba dando diente contra diente. Viéndola en tal estado la Buena se alarmó más y más.

—Tu me ocultas algo, Germana, y de fijo estás enferma. Quiéres un poco de caldo?

Germana hizo un signo negativo. La sola idea de la comida, la contrariaba.

—Sabes? Acuéstate y te prepararé una infusión de borraja. Eso es muy bueno; hace sudar y mañana ya estarás bien.

Pero al día siguiente, cuando Germana quiso levantarse para ir á misa se sintió muy débil, tanto, que no podía levantar la cabeza; le dolían mucho los globos de los ojos, le zumbaban los oídos y su cuerpo á ratos ardiente, se quedaba de pronto como un trozo de hielo.

Alarmada la Buena, corrió á llamar al Dr. Broccaral que cuando llegó halló á la enferma sumergida en una pesada somnolencia, y presa de una violenta fiebre. Movié la cabeza con aire de desaliento, pronunció la palabra «meningitis» y recetó la aplicación de sanguijuelas á la nuca y de sinapismos en las pantorrillas.

Durante quince días, el mal se agravó pasando cien veces Germana del agotamiento al delirio, y entonces la Buena necesitaba de todas sus fuerzas para conservarla en el lecho, pues la pobre quería levantarse y correr á la selva. El nombre de Marcial le venía con frecuencia á los labios, y esto hizo comprender á la madre Aubriot que el Chino era la causa de tanta desventura. Todas las tardes venía el médico y se mostraba muy intranquilo, en tanto que los Boucheseiche instruidos de la enfermedad de su sobrina se hacían presentes, con la cara hipócritamente afligida, pero animadíssimos por dentro con la perspectiva de una herencia próxima. La Buena les daba por lo común con la puerta en las narices, y solo consentía al cura Péchenart á la cabecera de la enferma que, por otra parte, á nadie reconocía.

Una tarde juzgando su estado desesperado le dió la absolución *in articulo mortis*, y el domingo siguiente en el sermón, recomendó á sus feligreses rezaran por una hermana que estaba en agonía.

Pero apesar de los pronósticos del médico y de las aprehensiones del sacerdote, los fieles pudieron atribuir á sus oraciones una gran eficacia, porque al cabo de tres semanas la fiebre cesó y la enferma entró en convalecencia.

Germana salió de las pesadillas de la fiebre, como Lázaro debió salir de la tumba; despierto, pero inconsciente. Parecía haber perdido la memoria de lo que le había pasado antes de su enfermedad y se admiraba de todo como un niño

que entra en la vida, y avivada su sensibilidad lloraba ó reía por los más fútiles motivos. Las fuerzas le volvían lentamente, y las sombras que ofuscaban su cerebro, se disipaban con trabajo. Poco á poco no obstante, y gracias á los cuidados de la Buena, se restablecía en lo físico, pero su inteligencia permanecía como envuelta en un velo.

Durante esta larga convalecencia llegó el invierno y la nieve caía sobre los troncos deshojados; pronto una capa de copos cubrió la selva, los campos y los techos; la naturaleza parecía sumida en el mismo sopor que la enferma. Esta suspensión de la vida en el campo dura semanas enteras; luego el viento sopla del sudeste, gruesas nubes se precipitan sobre el valle y toda la blancura se funde en un diluvio que llena los bosques con su rumor.

A medida que los ventarrones de Febrero se multiplicaban azotando las vidrieras, despertaba la inteligencia dulcemente en el cerebro de Germana, que iba prestando ya más atención á las cosas y aún pedía noticias de la aldea.

Una mañana vió la ventana iluminada por un rayo de sol que se colaba á través de las cortinas de muselina y paseaba por la pared sus ondas doradas y móviles. Le pareció que este sol se deslizaba hasta el fondo de su sér y la inundaba de luz; sus ideas empezaron á sucederse con orden y fijeza, y bruscamente recobró la memoria.

Como quien asciende por los peldaños de una escalera tenebrosa, subió por las pesadillas del delirio hasta una región clara en que los incidentes de su vida anterior reaparecieron con un relieve doloroso.

Volvió á ver la selva poblada por los que cosechaban frutos de haya, los senderos alfombrados de hojas caídas, la pared agujereada de la cocina donde sorprendió la entrevista de Clarisa y Marcial, y entonces se reavivó el sentimiento de su soledad y abandono.

Abierta otra vez la herida de su corazón, Germana se puso á llorar silenciosamente, y ese mismo día suplicó á la Buena fuese á llamar al Cura Péchenart.

El Cura la encontró levantada, y sentada en un sillón cerca del fuego. El cuerpo enflaquecido de la convalesciente flotaba dentro de su ropa obscura haciendo resaltar la palidez mate de su rostro y el brillo melancólico de sus grandes ojos.

—Y bien, hija mía, dijo el sacerdote esforzándose en dulcificar su voz áspera y severa por lo común. Agradezco á Dios que se dignó oír las plegarias de todos mis feligreses.

—Sí, señor Cura, Dios no me quiso para sí; ¡Hágase su voluntad!

Después Germana murmuró algunas palabras al oído de la Buena que se retiró discretamente.

—¡Cómo! exclamó el Cura fijando sus ojos escrutadores en los ojos tristes de la jorobada: se diría que no estas contenta de tu alivio. ¿Qué te pasa?

—La salud de mi cuerpo es mejor, pero no sucede lo mismo con la de mi alma...

—¿Qué significa esto? Tu hablas como quien no tiene tranquila su conciencia. ¿Quieres que te oiga en confesión?

—Si, señor Cura.

—Pues bien hija: reza el *Confiteor*.

Entonces Germana inclinando la cabeza balbuceó la plegaria usual y deteniéndose cuando dijo, «y á vos padre mío» empezó la desgarradora historia de su amor á Marcial. Confesó las ansiedades que consumían su corazón desde la vuelta del joven soldado, su encuentro en la Roserelle, las promesas cambiadas en la selva, la loca ilusión en que había vivido, y por último, la cruel escena de Amorey que le había despedazado el alma y abierto los ojos.

Reclinado en el brazo de su sillón, cubriendo con una mano la parte inferior de su rostro, el cura escuchaba todo esto exhalando suspiros ahogados. Cuando Germana terminó y quedó con la frente inclinada como para ocultar su vergüenza y su pena, dijo el Cura con voz solemne:

—Hija mía! Pecaste doblemente por concupiscencia y por orgullo, y Dios te ha castigado á la vez en el orgullo y en la carne. De antemano te había yo prevenido sobre los peligros á que te exponías obstinándote en vivir en un mundo para el cual no estás hecha en lo físico ni en lo moral, y desdeñaste mis consejos entregándote á un hombre indigno de ese corazón que no debió pertenecer más que á Dios. Este hombre, cegado

por malos pensamientos, no podía estimar tus cualidades ni pensaba mas que en tu dinero. Se burló de tí y te sometió á una dura prueba. Esto sucede cada vez que se olvida uno del Creador para preocuparse de las criaturas. No debiste pensar en el amor carnal y Dios te ha castigado flagelándote, pero es misericordioso y está presto á tenderte sus brazos. Humíllate, arrepíentete y vuelve á Dios que es el único digno de tu amor. Para tu penitencia te voy á enviar unos libros piadosos que leerás diariamente. Arrodíllate: te voy á dar la absolución.

Pronunciada la fórmula de ritual, el cura se levantó para irse.

—Euenas tardes, hija mía, dijo al partir. Piensa en que perteneces á Dios, y que solo en Él hallarás paz y consolación; cuida tu cuerpo y tu alma y si tienes necesidad de mi ministerio, llámame y vendré.

Esa misma tarde remitió los libros. Eran varias historias místicas y una traducción de los *Evangelios*.

Apesar de la absolución recibida, Germana seguía sintiendo en su corazón el peso de la misma pena; y confiando en los consejos del sacerdote, abrió una de las obras y empezó á leer, con una concienzuda atención, pero las frases místicas del libro no apaciguaron su alma. Los sacrificios y la abnegación que prescribían, eran motivo de comentarios demasiado sutiles para la sencillez de su corazón, y mientras sus ojos repasaban las páginas, su espíritu erraba por otra parte, persiguiendo la imagen siempre presente y

siempre fugitiva de Marcial. El libro aconsejaba el desprendimiento de todo, y la pobre niña, apesar de los reproches de su conciencia, deseaba locamente el retorno de esa única caricia de su vida, saboreada con tanto deleite.

Mientras más se imponía como penitencia esas lecturas que nada decían á su corazón, mientras con más desaliento abandonaba el libro, mayores remordimientos sentía; y corrían las semanas y la primavera comenzaba á reverdecer los campos.

Pasó Marzo con sus vientos y sus chubascos, Abril con sus escarchas y sus soles ardientes, y ahora Mayo desplegaba todas sus magnificencias esplendorosas.

A despecho de sus escrúpulos, Germana sentía sus fuerzas retornar, y cansada de su reclusión y sedienta de aire y sin haber hallado en los libros el esperado consuelo, se refugió á la selva deseando que aquella soledad fuese menos triste que la de su casa y buscando esa paz que tanta falta le hacía.

La primavera estaba en toda su plenitud; las ramas se doblaban al dulce peso de hojas y flores y pobladas de nidos; la naturaleza toda estaba ebria de voluptuosidad y Germana se sentía presa de una amarga nostalgia de amor. Pensaba, atenaceada por los celos, que á esa misma hora y bajo ese mismo bosque, Clarisa y Marcial estarían acariciándose y que entre todas las criaturas ella era la única enteramente abandonada. Entonces su corazón latía de una manera desordenada, ardía su sangre, las lágrimas subían á sus ojos; y después de estos combates en la vigilia, seguían por la noche los tormentos del sueño. . . .

Para curar este corazón enfermo, las obras del padre Péchenart no tenían suficiente persuasión. Su aridez casuística, su misticismo obscuro y complicado, admiraban á la joven sin conmoverla, y acabó por no abrirlos más. Un solo libro de los que trataban de cosas divinas tuvo el don de conmover esta alma sencilla, porque el Maestro que reasumió en el sus enseñanzas impregnó las páginas de un suave olor de caridad. *El Evangelio*. En este libro se eleva á los humildes, se promete consuelo y misericordia á los que lloran, se predica el amor al prójimo aun cuando se trate de un enemigo, y las palabras van directas al corazón y al espíritu.

Cuando Germana lo leyó por primera vez, sintió un alivio semejante al que experimenta quien devorado por la sed encuentra una fuente de agua cristalina. Nose atrevió á vol-

ver á la selva donde la embriaguez voluptuosa de la Naturaleza le despertaba sentimientos exaltados y se amparó á la iglesia.

Una tarde, después de un ardiente día de sol, entró bajo las augustas naves, á la hora en que estaban mas solitarias, y se arrodilló en un rincón sombrío de la Capilla de la Virgen, en una de cuyas paredes, sobre el altar, había un cuadro que representaba á Jesucristo en la cruz.

Como ya no había suficiente claridad para leer en el devocionario, y como las oraciones impresas no le distraían el ánimo de sus ideas pecaminosas, sintió mas confianza en las plegarias que le dictaba su propio corazón, que expresaban mejor su deseo y eran una efusión mas personal.

Poco á poco encontró palabras apropiadas al fin que se proponía; y acordándose de haber leído en el Evangelio: «Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.» se dirigió cándidamente á Jesús diciéndole: «¡Dios mío! Ya que ves desde el cielo mi angustia, ten piedad y acude en mi ayuda.» Entonces le pareció que los ojos del Cristo se abrían y la contemplaban con mirada de compasión.

Desde esa tarde comenzó á multiplicar sus estaciones solitarias en la capilla desierta y se fué acostumbrando á conversar familiarmente con el Crucificado del cual distinguía en la penumbra el corazón sagrado y la cabeza coronada de espinas. A fuerza de fijar los ojos en el cuadro creía ver que se animaba la pálida figura, y el arranque de la oración llevaba su pensamiento lejos de las preocupaciones corporales, haciendo que se sintiera como elevada de la tierra y aproximada al Dios misericordioso.

Cuando salía de la iglesia iba físicamente enferma, pero penetrada en lo interior de una misteriosa y refrescante alegría. Ya en su hogar, no aspiraba mas que á renovar las emociones de este éxtasis, y cada día sus visitas á la capilla se prolongaban más. Insensiblemente un amor ideal sustituía en su alma los arrebatos del amor terreno, y sus pláticas con Jesús se hacían mas íntimas tomando cuerpo de milagrosa realidad.

Arrodillada frente á la imagen de corazón ensangrentado, le decía:

—¡Yo te amo, Señor, te amo! Ven á mí.

Una tarde en que oraba así, ardentemente, creyó ver los labios del Cristo entreabirse y oyó un tierno y melancólico suspiro. Los ojos extasiados de Germana no podían separarse de aquella faz divina que expresaba la mas honda compasión, y en Germana y en torno suyo, algo de celeste palpitaba entre el silencio del santuario ensombrecido.

De súbito percibió el susurro de una voz muy dulce que penetraba á lo íntimo de su ser y le decía:

«Píde y te daré, llama y se te abrirá. Si quieres ser perfecta, vuelve á tu casa, vende lo que posees, distribúyelo á los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Toma tu cruz, y sígueme.»

Maravillada, fuera de sí no podía soportar su alegría sobrehumana, y cayó desvanecida sobre las losas húmedas del pavimento, para despertar, tarde ya, al ruido de los pasos del sacristán que venía á cerrar las puertas.

TERCERA PARTE.

I

En el mes de junio, el estudio del Sr. Ormancey notario de Auberive, parecía tomar parte en la alegría luminosa de toda la aldea, apesar de estar pintado de color obscuro. Situado en el piso bajo de un patio que daba al camino de Langres tenía todas sus ventanas abiertas á causa del calor. Los rumores del campo: rodar de carros, estallar de látigos, mugir de vacas, cantar de gallos y piar de golondrinas, penetraban en esa pieza tristonca, y proporcionaban distracción á los tres jóvenes que trabajaban allí.

El primer pasante, vestido con un traje de paño moreno, estaba sentado junto á una mesa de doble pupitre, frente á un mozo de diez y seis años que usaba blusa de algodón azul y que desempeñaba las funciones de segundo pasante.

Colaboraban ambos para la expedición de un contrato matrimonial, mientras que en el ángulo opuesto, parado ante una mesa de madera blanca, un pilluelo de doce años y cabellera rubia y encrespada, ordenaba papeles y mordía de tiempo en tiempo un pedazo de pan.

Como el señor Ormancey estaba ocupado con



unos clientes, cerró la puerta de comunicación de su gabinete, de suerte que los tres dependientes estaban libres del oído y las miradas del patrón y se entregaban con frecuencia á reflexiones absolutamente extrañas á su tarea. Después de volver una hoja, el Sr. Saturnino Sauvageot, pasante principal, hizo una pausa, se peinó los bigotes con un peinecillo de bolsa y dijo:

—Esta mañana el calor ha sido sofocante y no parece disminuir. . . Podría muy bien haber tempestad antes de la noche. . . ¿qué le parece á usted, Berloquin?

—Pienso, respondió éste, que está abierta la pesca y que si estuviera yo libre, este es un tiempo inmejorable para pescar.

—Sí, en efecto. . . Yo conozco por allí, más arriba de la Fragua, un excelente sitio donde hay truchas. ¿Cómo toma usted las truchas Berloquin?

—Como se me den. Eso es lo más expedito.

—Pues yo las tomo con la mano que es más expedito aun, dijo el chiquitín guiñando el ojo.

—Claudinet, tú no tienes la palabra, dijo severamente el señor Saturnino: arregla tus papeles y pronto. Tienes que ir á algunos encargos. De pronto, cuando hayamos concluido este contrato, lo llevarás á Jacquin para su registro.

—Al paso que van ustedes, murmuró Claudinet con irreverencia, ya hay para buenas horas. . .

—Cállate el hocico! exclamó el señor Saturnino.

El chico que no era de los que se quedan callados, iba á responder, cuando la puerta del estudio se entreabrió tímidamente y apareció Germana Vincart.

—Entre usted! dijo el señor Saturnino sin levantarse de su sitio.

Rápidamente había examinado á la reciénvenida y juzgándola una cliente sin consecuencias en vista de su aspecto y su traje, añadió negligentemente:

—¿Qué desea usted?

—Hablar al señor Ormancey.

—El patrón está ocupado, yo soy su primer pasante, y si quiere usted decirme su negocio. . .

—Perdón, respondió Germana con tono firme. Es al señor Ormancey mismo á quien quiero hablar.

—Ah! respondió secamente el joven, picado en su amor propio profesional. Entonces, tome usted una silla y siéntese.

Germana obedeció y se sentó á poca distancia de las mesas, no lejos de la puerta de comunicación.

El señor Saturnino no era galante mas que con las mujeres bonitas y Germana no entraba en esa categoría: vestida de negro, con una pelerina del mismo color que ocultaba mal su defecto físico, no tenía nada de seductora; y su cofia blanca de lino hacía todavía más pálida su cara enfermiza.

Desde que se sentó, los dos pasantes no le volvieron á hacer caso, pero Claudinet la contemplaba con aire irónico. El pilluelo malicioso examinaba la espalda de la joven, hacía signos significativos, y con boca risueña, cuchicheo en la dirección del segundo pasante:

—Una conquista para tí, Berloquin.

—Claudinet, gritó el principal; á tu negocio.

Luego, comprendiendo que por exigua que fuera la cliente, era preciso por el crédito del estudio estar con formalidad delante de una extraña, añadió:

—Berloquin, continuemos el contrato.

—«En caso de supervivencia, dictó Berloquin, la futura tendrá derecho á sus ropas, adornos, joyas y demás objetos de uso pasional.

—Ponga usted atención, interrumpió el señor Saturnino, allí dice: «personal». . . Pasional sería un desatino, amigo mío. Está usted desfigurando los conceptos.

—Efecto de la simpatía, dijo el chiquitín, haciendo una mueca con que señalaba á la cliente.

—Claudinet, dijo el primer pasante reprimiendo una sonrisa: cierra el pico, ó iré á tirarte de las orejas. Conque. . . á su uso personal ¿Y luego?

En eso estaba cuando se abrió al fin la puerta del gabinete del notario y apareció el señor Ormancey escoltando á dos señoras enlutadas y dos campesinos de blusa, que seguían disputando sobre una herencia.

—Vamos, dijo el notario conduciéndolos hasta la puerta del patio: arréglense ustedes juntos si es posible, y cuando estén de acuerdo me avisarán para preparar el acta.

Al volverse vió á Germana que se había levantado.

—Ah! Buenos días, señorita Vincart, exclamó: perdón por haber hecho á usted esperar. Estoy á sus órdenes. Pase usted.

La hizo pasar delante de él y luego cerró nuevamente la puerta de comunicación.

—Demonio! exclamó Berloquin: van á permanecer solos. . . !

—El patrón es capaz de arrebatártela. Abre el ojo! dijo el chiquillo.

Y los tres soltaron carcajada tal, que Ormancey abrió bruscamente la puerta, lanzó una ojeada furibunda á sus dependientes y dijo:

—Silencio señores!

Después entró en su gabinete, señaló un sillón á Germana, y dirigiéndole una mirada interrogativa, se sentó también frente á su escritorio.

—Señorita Vincart, empezó; estoy muy complacido por haber visto á usted ya enteramente saludable. ¿A qué debo el honor de su visita?

Al mismo tiempo soplabla la ceniza de su pipa y la colocaba en la orilla de la mesa, pues el señor Ormancey era un formidable fumador y no dejaba la pipa sino cuando los clientes del sexo femenino en raban en su gabinete; y así y todo, mientras duraba la visita no dejaba de ver con ojos amorosos el envidiable depósito de tabaco.

De talla mediana, vivo, insinuante, tenía la mirada perspicáz, la tez sanguínea y los cabellos todavía negros y alborotados.

—Señor Ormancey, contestó Germana, yo quisiera pedir á usted una cosa: ya soy mayor de edad y usted asistió á la rendición de cuentas de mi tutela. ¿Puedo ahora disponer de mis bienes como me parezca?

—Enteramente, señorita.

—Usted sabe que esos bienes consisten en un terreno arrendado en mil francos al padre Aubertin.

—En efecto, doce hectáras de tierra y además construcciones para habitación y explotación. Todo situado en Cude. . . . uno de los mejores terrenos del país.

—El contrato expira precisamente para el próximo día de San Miguel.

—¿Tendría usted la intención de cambiar de arrendatario? Eso sería un error, pues no los hay mejores ni más cumplidos en la comarca.

—No; replicó ella. Tengo idea de vender todas mis propiedades, y no conservar mas que la casa de Montgerand.

—Tiene usted acaso un proyecto, alguna mejor colocación para sus fondos?

—Mucho mejor, respondió Germana levantando al cielo sus miradas.

—Podría usted equivocarse. Por otra parte, enajenando de un golpe sus inmuebles se expone usted á obtener un precio inferior á su valor real y luego, aunque el dinero alcance un rédito de tres y medio por ciento, siempre tendrá usted una renta inferior á la que le producen sus tierras.

—No importa, yo quiero vender.

—Eso es diferente, dijo el notario observándola con sorpresa. Lo que yo decía, señorita, era en interés de usted: mi deber era iluminarla, y su derecho de usted, disponer de sus bienes á su antojo.

Quiere usted vender en conjunto, ó en detalle?

—Desearía sobre todo vender al contado.

—Ah! dijo el notario más y más admirado; desea usted realizar inmediatamente. En ese caso, un remate es lo más expedito.

—Sea. ¿Se necesita mucho tiempo para eso?

—De pronto se debe notificar á Aubertin que no piensa usted renovar el contrato, y luego podemos fijar la época de la adjudicación para Septiembre. Es decir, después de la cosecha. De aquí á entonces haremos la publicación en todas las Comunas del contorno á fin de atraer más licitadores; y suponiendo que todo marche bien, no podría usted disponer de sus fondos sino hasta la primera quincena de octubre.

—Está bien, mil gracias señor Ormancey. Tenga usted la bondad de dar los pasos necesarios. Me pongo en las manos de usted.

—Voy á poner los hierros al fuego, señorita. Y luego añadió:

—No puedo dejar de sorprenderme con la determinación de usted, y si no temiera parecer indiscreto, diría que se necesita un motivo verdaderamente serio para obrar con esta precipitación.

—Tengo, en efecto un motivo serio.

—Pensaría usted de salir del país.

—Tal vez.

El señor Ormancey quedó sorprendido por la firmeza de tono y la resolución con la cual la joven pronunció las últimas palabras, y la examinó con mayor atención. En los ojos negros de su cliente brillaba una llama que parecía salir de las profundidades del espíritu.

—Sí, continuó Germana animándose: tengo que hacer un largo viaje, pero hasta el día de la venta, ruego á usted no hable á nadie de mis proyectos.

Esté usted tranquila, señorita; mi estudio es como un confesionario. Nadie sabrá nada.

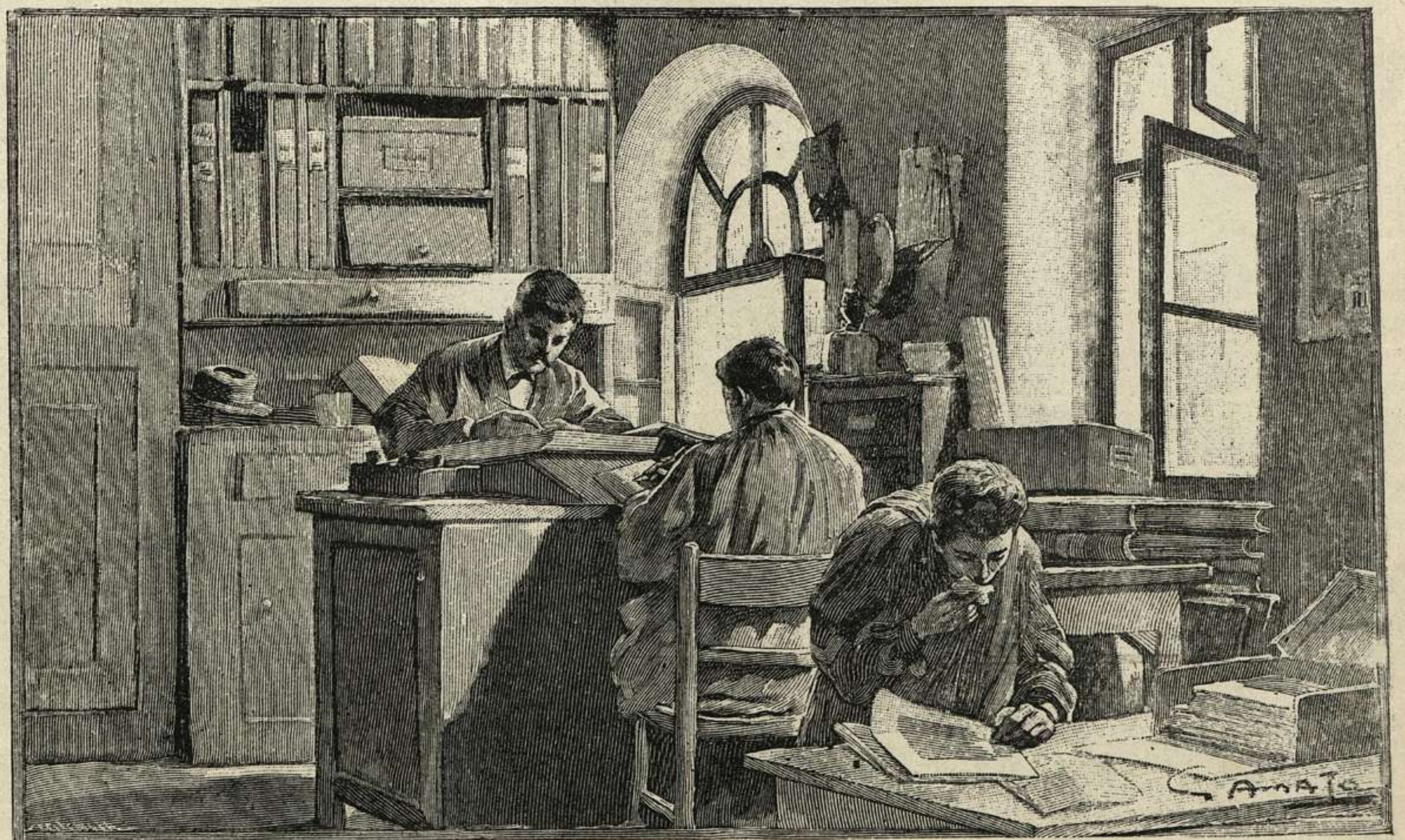
Acompañó á Germana hasta la puerta, y luego volviendo al gabinete y encendiendo la pipa, exclamó:

—Demonio de chiquilla!

Cumplió su palabra y no dijo nada á nadie del proyectado viaje de la señorita Vincart; pero por bien guardado que estuviera el secreto, llegó el día en que fué necesario notificar que no se renovarían el contrato y en que se prepararon los autos para el remate, y los pasantes del estudio fueron los primeros en ponerse al tanto de la venta próxima de aquellos terrenos. El rumor se propagó para afuera, y pronto los pregones impresos en papel de color y repartidos por la comarca no dejaron duda respecto á la determinación de Germana.

Una mañana, saliendo de la iglesia, Cadet Boucheseiché vió un anuncio que le llamó la atención y en el cual leyó que se iban á vender en remate las propiedades de la señorita Germana Vincart y se hacía de ellas una descripción pormenorizada.

(Continuará.)



PAGINAS DE LA MODA.



Fraje parisiense de paseo



Toilette de baile para señorita

LA MUJER

(Continúa)

¡Cuán necios los que la acusan de haber sido la causa del pecado original, cuyas funestas consecuencias aún hoy palpamos y resentiremos hasta la consumación de los siglos!

Estos tales no han reflexionado, no han analizado los hechos.

Ven las cosas en globo, sin determinar las causas. Solo atienden á los efectos.

¿Quién será más culpable, Eva cediendo á las astucias de la serpiente, ó Adán dejándose creer de las palabras de Eva?

La respuesta es más clara que la luz del día.

Eva es inocente, porque no hizo sino lo que toda otra mujer hubiera hecho en su lugar.

Esto es, ceder en fuerza de su debilidad, al engaño. Culpa no era de ella, sino de su organización.

De su constitución.

De su ser.

Nadie ha puesto en duda aquella verdad, reconocida de todo el mundo, que la mujer es débil por naturaleza.

Verdad demostrada por la experiencia de miles de años.

Desde que el mundo fué formado.

Mas Adán si era culpable, porque él estaba dotado de un espíritu reflexivo y de una fuerza de inteligencia tal, que jamás disculparán su crimen.

El pudo muy bien haber hecho conocer á Eva los engaños de que ella era victima.

Entonces ¿para qué esa penetración? ¿para qué esa superioridad que tenia sobre la creación?

Por lo dicho, vemos que el hombre es quien tuvo la culpa del pecado original.

Y él solo debe imputársele el crimen.

Por qué inculpar á la mujer?

El hombre, injusto como es siempre, se lava las manos descargando toda su falta sobre la criatura más débil.

Se atiene á esta misma debilidad, porque sabe que no se ha de contradecir, y que la Mujer tiene que callar ante la fuerza brutal del hombre.

No faltan algunos que han defendido á la Mujer, pero éstos son raros.

Rarisimos.

¡Cuán ingratos juzgamos á aquellos que sin considerar que á la mujer deben lo que son, solo se ocupan en deturparla.

Estos tales bien merecen el nombre de monstruos, y quien no obedece á los instintos de la gratitud, debe borrarse del catálogo de la humanidad.

Los poetas, esos hijos de la inspiración, esos hermanos de la idealidad y del sentimiento, adoran á la mujer porque saben comprenderla.

Su corazón no siente sino respeto y amor por ella. Ellos son los que más han combatido la idea vulgar de querer dominar á la Mujer solo porque lo és.

Ellos son los que la han identificado con Dios.

Con la naturaleza.

¡Benditos ellos!

Si, porque la mejor y más noble causa que puede defenderse, es sin duda la de la MUJER.

La mayor prueba que puede darse á un ateo de la existencia de Dios, es enseñarle una Mujer.

Los sentimientos más puros, los mas sublimes están en ella.

Si rié, ¡cuánta gracia no se deja ver á través de su sonrisa!

Si llora, ¡cuán conmovedoras y tiernas nos parecen sus lágrimas!

¿Quién es aquél que puede resistir al llanto de una Mujer?

Si ama, entonces nada hay que pueda igualar á ese sentimiento tan dulce que abriga en su corazón.

¡Cuánta abnegación y cuánta grandeza de alma hay en la pasión de una Mujer!

Ella lo sacrifica todo por su amor.

Todo lo vende: su belleza, su honor.

Pero jamás su corazón.

Este siempre lo conserva virgen y puro á aquél á quien lo ha dado.

El fango de la prostitución parece que más lo depura.

¿Qué le importa la sociedad?

Nada.

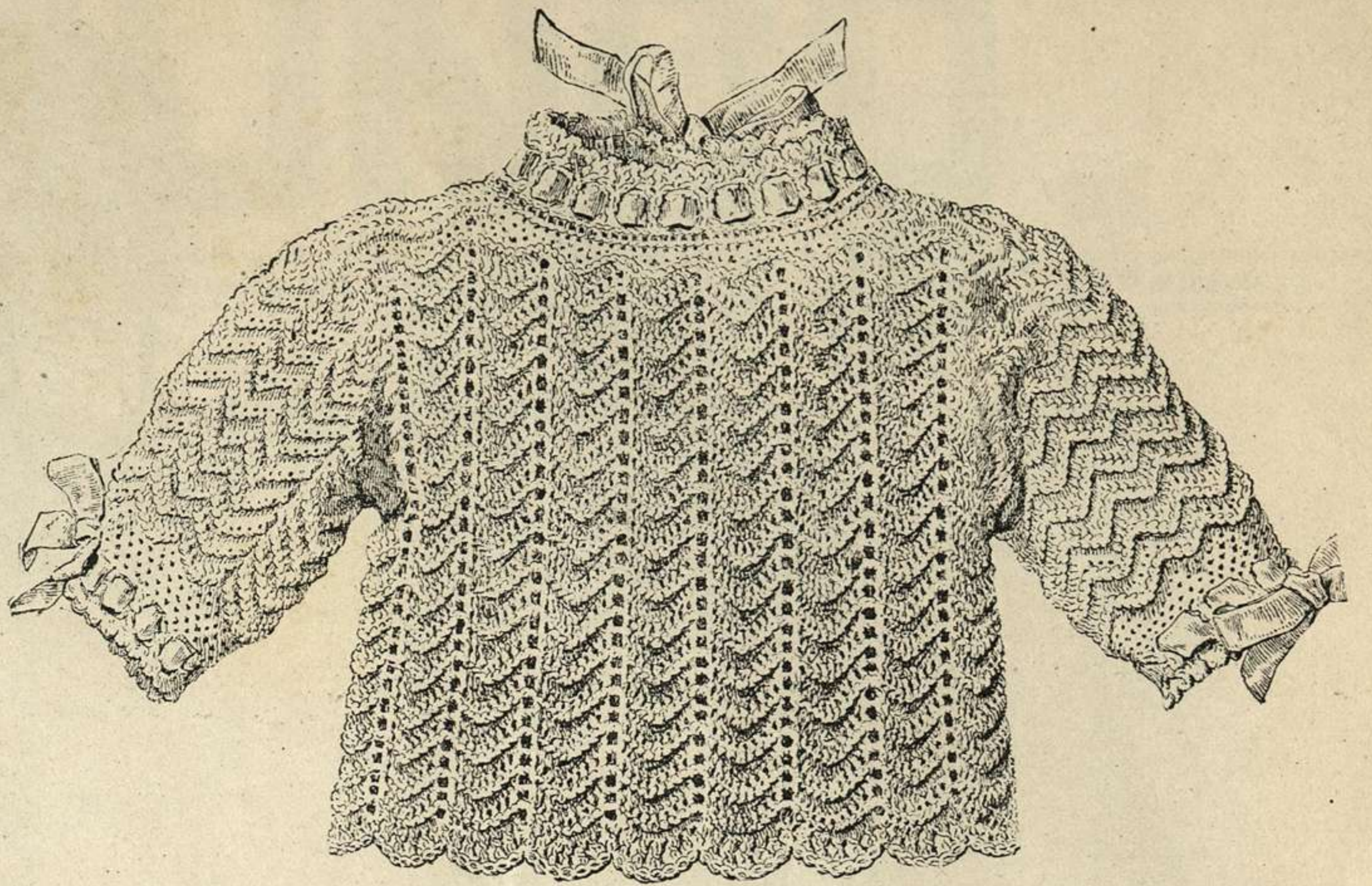
Nunca es más hermosa una Mujer que cuando ama.

Porque su amor toca á lo imposible.

(Continuará)



TOILETTE DE SEÑORITA



CHAMBRITA DE BEBÉ

tes coquetamente decrecentes. Cinturón de raso negro y medio cuerpo del mismo género figurando en graciosos pliegues prendidos en los hombros con hermosos nudos de blonda.

TOILETE DE SEÑORITA.
Collet compuesto de dos volantes de chan-

tilly montados por un empiezo doble, recubierto de un gran cuello de piel de seda negra con delantero recortado atando dos fajas de estola. Estas fajas están bordadas como el cuello y terminadas por un volante de chantilly. Cuello recto con ruches de encaje.

Materiales: 1^m 75 de piel de seda; los bordados se ejecutan en el tejido. 3^m 25 de cinta; 12 metros de al-

Nuestros grabados

TRAJE PARISIENSE DE PASEO.

Es un elegantísimo modelo de la casa Worth, que ha sido recibido con mucho entusiasmo.

Es de cachemira clara amarillo plata. La falda, muy larga tiene bordados, el frente y la parte inferior del talle hacia la parte posterior, éste bordado puede variar desde el cordoncillo de seda hasta la blonda vieja. El jacquet es bolero, de solapa redonda con aplicación de felpa clara de seda y se abre sobre un peto de satín claro que concuerda con la falda. Las mangas son muy largas, contra el uso establecido últimamente, el cuello ancho, de satín oscuro. El jacquet abierto deja ver un cinturón muy elegante.

TOILETE DE BAILE PARA SEÑORITA.

Ofrecemos á nuestras lindas lectoras uno de los modelos más en boga para bailes. Falda de satín con gran aplicación inferior de volan-



SOMBRERO CARLIX

DOS MODELOS DE TRAJES PARA ESPECTÁCULOS



ELEGANTE TRAJE INTERIOR

to volante de encaje y seis metros de volante pequeño.

SOMBRERO CARLIX.

Sombrero levantado en la parte anterior, de paja de seda castor clara. Al rededor de la faldeta un turbante de tul de malinas blanca, entorsado de una trenza de la misma paja castor.

Sobre la parte levantado un nudo de alas de pato silvestre anudadas por un moño de tul.

CHAMBRITA PARA NIÑO.

Un bonito modelo y de fácil ejecución



COJIN PARA CAMA

DOS MODELOS DE TRAJES PARA ESPECTÁCULOS VESPERTINOS.

Damos dos modelos de los de última novedad en cuestión de trajes para espectáculos vespertinos. El primero es de cauda, en falla verde musgo abierta por un delantero bordado de negro, oro y verde. Lo

tán ornadas por el mismo estilo. Cinturón de terciopelo con elegantes nudos y falda acordeon clara.

TOILETTE DE VISITAS PARA SEÑORITA.

Es de pekin de seda azulado y blanco. Fichú María Antonieta, de chantilly crema guarnecido de un volante. Este fichú está ajustado bajo el pecho y en el talle por botones antiguos. Sobre el pecho un cruzamiento de tul rematado por el collar; grandes solapas de blonda con un gajo sobre cada solapa. Sombrero de paja fluido.

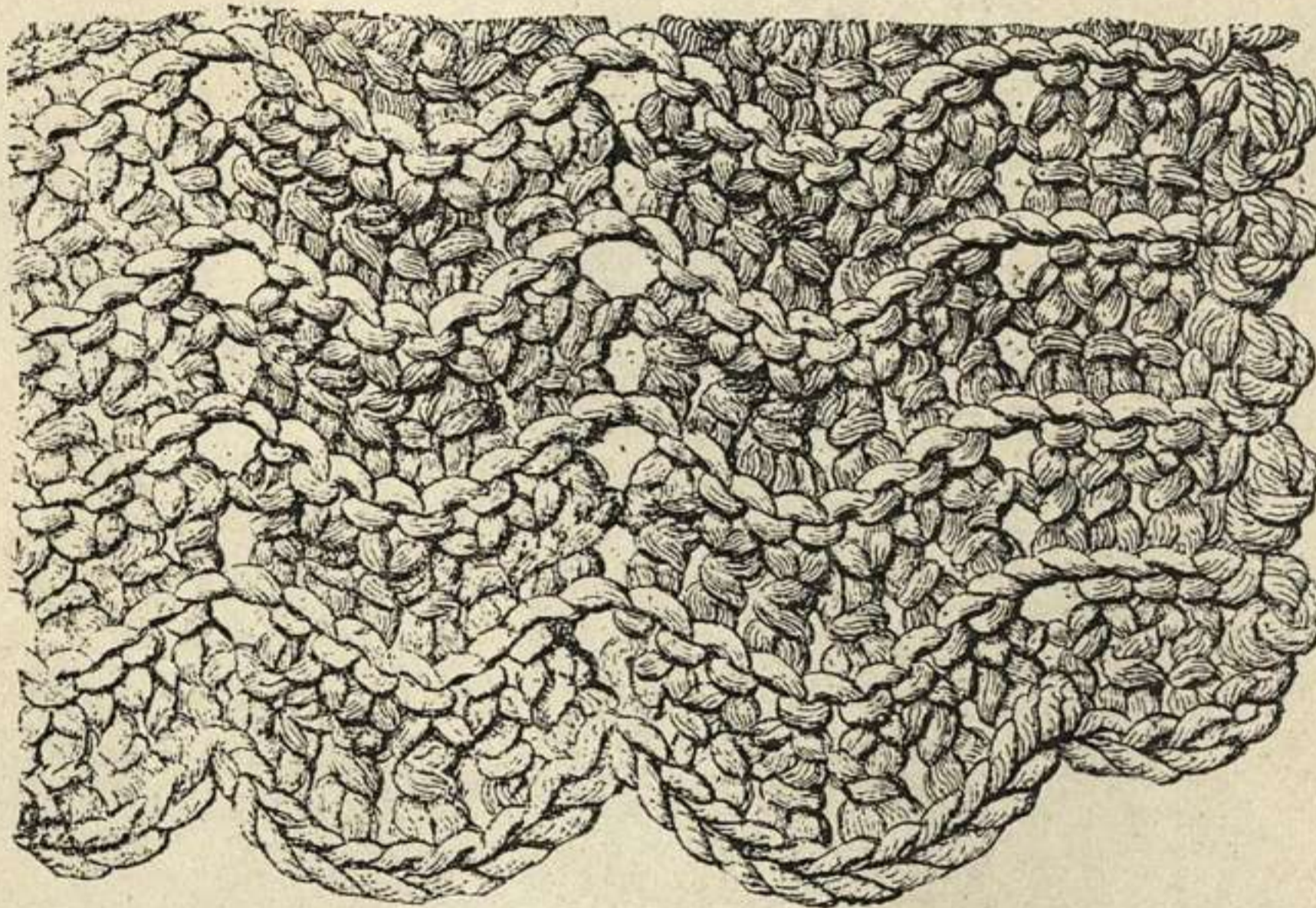
LECHE DE FRESAS PARA EL CUTIS.

Es uno de los cosméticos más benéficos que se conocen.

Exprímase por un lienzo limpio y no muy tupido, una buena cantidad de fresas mondadas para sacar medio vaso de zumo, un peizco de borax en polvo y 5 ó 6 gotas de alcohol, ó mejor de agua de la colonia á fin de que se conserve mejor

Mézclase despues, revolviendo con una cuchara, una cuarta parte de vaso de leche fresca, y si esta leche pudiese ser de almendras en lugar de leche animal, sería mejor. Hecho el cosmético se enfrasca

Se emplea empezando por abluciones con agua cuando la piel está enjuta, y si seca, se humedece ligeramente con el dedo ó una esponja fina mojada con el licor embalsamado, el cual comunicará un fresco y un tono delicadísimo á la piel.



DETALLE DEL TEJIDO PARA CHAMBRA

alto de falda es muy plana, y la parte abierta figura volante en forma redondeada en estilo *redingote* Corpiño de falla bordada como la falda y guarnecida de otra. Perlas de encaje negro, rebordado de oro y verde Este corpiño se abre sobre un plastron de guipure crema. Mangas estrechas con triples jockes en forma, ornados de bordados. Cuello y manguitas de guipure Guantes de cabritilla gris. Toca de paja verde musgo, guarnecida de plumas verde musgo y de flores rosas. La segunda toilette es de tafetán cambiadizo gris y rosa, ornado de bordados grises y acero sobre terciopelo rosa. Esta falda es muy plana de lo alto y sobre el delantero, en tanto que la cauda se avolanta en toda forma. Cuerpo con pequeñas basquiñas recortadas y bordadas gris y acero sobre terciopelo rosa. El delantero es cruzado y abotonado por botones de acero. Cuello, cinturón y mangas bordadas de gris acero sobre terciopelo rosa. Guantes de cabritilla crema. Sombrero de paja de seda gris, guarnecido de flores rosas y muselina de seda blanca.

ELEGANTE TRAJE DE INTERIOR.

Jacquet bolero de satín negro con dos grandes aplicaciones de blonda. Una aplicada á la parte inferior del bolero y la otra formando una media capelina que hacia adelante figura solapa. A ambos lados un botón antiguo. Peto de tul acordeon y gran cuello de tul formando elegante moño. Cinturón de raso. Extremo de las mangas con aplicación de blonda. Falda lisa.

TOILETTE DE PASEO PARA SEÑORITAS.

Es de tafetán g. acé azulado, guarnecido de franja negra de seda. El corpiño tiene tres volantes alternados con bandas y el peto es bordado sobre terciopelo negro. Los volantes están á su vez ornados de franjas. Las mangas es-



TOILETTE DE PASEO PARA SEÑORITA



TOILETTE DE VISITA PARA SEÑORITA